

LaS.Gr
M6715d

Mir, Miguel

Discursos [de la lengua castellana y los clásicos] leidos ante la Real Academia Española.

Pamphlet
Binder
Gaylord Bros. Inc.
Makers
Syracuse, N. Y.
PAT. JAN 21, 1908

LaS.Gr
M6715d

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

R. P. MIGUEL MIR

El día 9 de Mayo de 1886.

241023.
19. 7. 30.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.
MDCCCLXXXVI

DISCURSO

DEL

R. P. MIGUEL MIR

SEÑORES:

Si para llegar al puesto altísimo á que me ha encumbrado vuestra benevolencia no se necesitase más que amor decidido y entusiasta á lo que es objeto principal de vuestras tareas y estudios, creo poder confesar sin vanidad que no habría desmerecido la honra de sentarme entre vosotros.

Aunque nacido bajo un cielo donde suenan como extraños y advenedizos los nobles acentos de la lengua castellana, impulso misterioso me inclinó desde los primeros años al cultivo de este idioma hermosísimo, gozándome en la lectura de los escritores que supieron emplear mejor sus galas y adornos, y contemplando con singular admiración los tesoros de sabiduría y de elocuencia que en ellos están encerrados. Más tarde, cuando la reflexión y la edad abrieron la puerta al estudio, y cuando trasladado al suelo de Castilla pude recrear el oído con la harmonía majestuosa de nuestra habla, y verla, no ya muerta en los signos de la escritura, sino viva en los labios y ostentando la pompa de sus atavíos en las calles y plazas, á la luz del sol, y con todo el señorío y libertad que le presta la humana inventiva, la afición, que hasta entonces había sido genial y espontánea, comenzó á ser advertida y deliberada, y las gracias que me habían parecido tan admirables aun estando recatadas y como encubiertas, al manifestarse claramente á los ojos fueron desenvolviendo tales perfecciones, y de tal manera realzaron la gallardía, magnificencia y esplendor

de esta lengua, que no pude menos de ver en ella el trasunto de las preseas más excelentes de que puede hacer alarde el humano ingenio, la heredera legítima de la clásica grandeza y majestad, la maestra de toda urbanidad y cortesanía, el archivo de toda elegancia y gentileza. Y cuando arrebatado ya por el embeleso de tan singular hermosura, caí en la consideración de que esta lengua, tan bella y magnífica, era, no solamente el instrumento de que se ha servido nuestro pueblo para la declaración de sus ideas, sino también la obra más espléndida de su actividad, el conjunto y el resumen de todos los pensamientos y afectos que le han agitado en el curso de su historia, el símbolo, en fin, y la enseña de cuanto es genuínamente español, el entusiasmo salvó todos los límites, y juntándose el santo amor de la patria á los placeres del arte y de la belleza, me sentí atraído al estudio y al cultivo de esta lengua por los afectos más dulces y por el amor más vivo y entrañable del alma.

Por desgracia, esta afición á la lengua castellana, que pudiera ser principio de hechos grandes y generosos, fué desaprovechada y estéril, y ya que pudo engendrar en mí puros y suaves deleites, hubo de entreverar también en estos mismos deleites tristes desalientos y amargos desengaños. Porque si prendado de las bellezas de lenguaje y estilo que veía en nuestros grandes escritores, intenté alguna vez seguir sus huellas y traspasar á mis ensayos las galas de su estilo y los primores del arte en que fueron tan excelentes, pronto me desengañé de que tal empresa no estaba guardada á mi ingenio, viendo ajarse entre mis rudas manos aquellas flores de hermosura, y pagando con la tristeza del desaliento la pena debida á mi temeridad y osadía.

Yo no sé si esta mi afición tan poco afortunada y el esfuerzo por emular el arte de nuestros buenos autores se echan de ver en los pocos escritos en que mi pluma se ha ejercitado. Si así fuese, y si esto hubiese atraído vuestras miradas hacia mi persona para levantarla del retiro en que merecidamente yacía, á la esfera de gloriosa luz en que vive esta Academia, nadie habrá ciertamente que deje de confesar que en este caso vuestra

condescendencia ha pecado de excesiva, otorgando á los buenos deseos y á las aspiraciones generosas lo que sólo debiera concederse á obras excelentes y á méritos esclarecidos.

Acrecienta y sube de punto mi confusión la circunstancia de suceder en esta Academia á un varón insigne que, no con ensayos ó estudios de mero aficionado, sino con obras que vivirán perdurablemente en nuestra literatura, alcanzó este puesto de honor y no dejó de honrarlo y enaltecerlo mientras se sentó entre vosotros. Nunca le traté, ni aun le conocí siquiera de vista. Pero ¿quién que haya leído las obras de D. Antonio García Gutiérrez no ha admirado las dotes extraordinarias de su ingenio, la viveza de su fantasía, la fecundidad de su numen poético y, más aun, la hidalguía de sus sentimientos, la bondad de su corazón y la nobleza de su alma? En los primeros pasos que dió por la senda que había de conducirle á campos de tanta gloria, debió poco á la educación y al estudio, menos á la fortuna, casi todo á su riquísima naturaleza. Sintiendo en sí aliento para remontarse á las más elevadas alturas, por natural impulso tendió sus alas, y del primer vuelo se encumbró á las esferas más sublimes del idealismo poético, y en ellas perseveró hasta edad muy avanzada sin cansancio ni decaimiento, prueba evidente de que el ingenio del hombre no anda sujeto á las vicisitudes de las cosas de este mundo, sino que, trascendiendo las condiciones de la materia, conserva siempre la flor de su lozanía y la juventud eterna del alma. Fué sin duda gran poeta; su genio, henchido del sagrado entusiasmo que enajena al hijo favorecido de las Musas, respondía á todas las emociones del sentimiento que vibraban en torno suyo, sorprendía y expresaba con arte admirable los más vagos rumores y aspiraciones del alma, y, semejante al cielo de Andalucía, su patria, vivía eternamente bañado de luz, de colores y de harmonías. Profundamente patriótico y popular, representó las dotes más características del ingenio español. La bizarría de su lenguaje, la brillantez de su fantasía, y la fuerza y espontaneidad de su numen poético nos recuerdan los tiempos más gloriosos de nuestra literatura; y en el espíritu que íntimamente penetra sus creaciones, vemos reflorecer las

cualidades que más enaltecieron á aquellos escritores ilustres que en la era más grande de la historia nacional fueron alto honor de la poesía dramática en España.

Al suceder en la Real Academia Española á varón tan famoso, cúmpleme declarar que, si entrar en este santuario de las letras sería siempre honra insigne merecedora de suma gratitud, entrar en él para ocupar la plaza que dejó vacante el Sr. García Gutiérrez es honor tal, que no puede menos de halagar el corazón y llenarle de noble orgullo. Porque al derramarse por el ámbito de España la luz de este nombre gloriosísimo, se esparce y asienta principalmente sobre la silla que él dejó vacía y sobre la persona que tiene que ocuparla, y la medalla que adornó su pecho, al colocarse sobre el mío, parece que viene á comunicarle alguna parte de la gloria que él le prestó con su contacto. Gracias, señores, por este honor; muchas gracias por el hermoso reflejo con que habéis querido iluminar la oscuridad de mi nombre.

Os he dicho que el del Sr. García Gutiérrez trae á la memoria los tiempos más ilustres de nuestra literatura. Solicitado por tales recuerdos, no extrañaréis que no acierte á distraer el pensamiento de aquellos tiempos venturosos, y menos os causará admiración que habiendo de hablar en presencia de la Academia, que tiene á su cargo la empresa de velar por la pureza de la lengua española, elija por asunto de lo que voy á decir el estado ó punto de perfección á que lograron levantarla los autores que tan vivamente trae á nuestra memoria el Académico difunto.

Aquella fué, en verdad, la época más brillante de nuestra habla; aquel el período de nuestra historia intelectual, que es á la vez nuestro ejemplo y nuestra gloria. En él tienen puestos los ojos cuantos desean conocer la riqueza de nuestro idioma y penetrar la grandeza, variedad y hermosura de que es capaz cuando es tratado por plumas hábiles y por ingenios sobresalientes. Allí tiene también la Academia la luz para sus trabajos y la prenda de sus aciertos. Antes de aquella época memorable, que corre por los dos últimos tercios del siglo XVI y primero del XVII, el habla castellana

aparece enérgica, sí, y nerviosa, pero áspera y desadornada, como la que nacida entre el fragor de los combates conserva todavía algo de la herrumbre, que se le pegó del rigor de aquellos tiempos durísimos. Así prevalecen en ella ciertas consonantes de pronunciación desabrida; la frase se mueve premiosa y desigual, la cláusula sin número, el estilo sin claridad y precisión. Los escritores carecen de espontaneidad y fisonomía propia; escriben sin vida y sin elocuencia, sin arte ni naturalidad. La poesía está falta de color; la prosa, de soltura y harmonía. Pero llega aquel período gloriosísimo, y todo cambia y se transforma. La luz, el calor, la vida, como á la salida de nuevo sol, penetran por todas partes; las tintas broncas y desentonadas se van poco á poco suavizando; desvanécense los sonidos rudos y desapacibles; el enlace de las cláusulas es más espontáneo y natural; el período, más numeroso y suave. Con esto, cada autor adquiere carácter y fisonomía propia, de suerte que ya no es posible confundir los estilos; hay más graciosidad y galanura en los modos de decir; las dicciones son más expresivas é idiomáticas, más vivaces y espléndidas; la prosa es más bella y cadenciosa, la poesía más florida y pintoresca. Y del conjunto de todas estas excelencias actuadas y vivificadas por el genio nacional, resulta aquella lengua admirable, en quien cumplidamente están reunidas cuantas perfecciones pueden satisfacer la inteligencia, no menos que la sensibilidad y la fantasía; lengua que con sus acentos, ya blandos y apacibles, ya graves y majestuosos, regala maravillosamente el oído, y absorbiendo todas las potencias del alma, parece que la va desatando de lo material y sensible, y levantándola y explayándola por la región inmaculada del espíritu; lengua, en fin, incomparable por su magnificencia y sublimidad, hecha para interpretar las aspiraciones más grandiosas del hombre, para declarar á los mortales los misterios y las grandezas de la Divinidad, y en cuyos sonidos parecen vibrar destellos de las harmonías del cielo.

Esta fué la lengua que hablaron Avila y Granada, Mariana y Ribadeneira, Lope de Vega y Cervantes, Tirso de Molina y Calderón de la Barca.

Pero ¿de dónde le vino tan singular majestad y hermosura? ¿Por qué caminos llegó á alteza tan sublime? ¿Cuál fué la chispa eléctrica que conmovió tan íntimamente el genio español que le dispuso y habilitó para creación tan maravillosa? ¿Dónde, en fin, está el secreto de la belleza extremada del estilo de aquellos libros cuya lectura jamás nos cansa, y que son juntamente nuestro deleite y nuestra desesperación?

Sin duda alguna, más de una vez, señores Académicos, os habéis hecho estas preguntas. Acostumbrados á estudiar las vicisitudes y particularidades de nuestra habla, habréis parado la atención en este fenómeno, el más bello que ha ofrecido en la historia de su desenvolvimiento. Yo desearía detenerme por unos instantes en este fenómeno y contestar á aquellas preguntas. Sé que nada nuevo tengo que deciros; pero me daría por satisfecho si lograra adivinar las ideas que en este instante bullen en vuestras inteligencias, y decir en alta voz lo que calladamente estáis diciendo en lo oculto del pensamiento. Y como el asunto es tan conforme con vuestros gustos é inclinaciones, aun me atrevo á esperar que lo que diga ha de ser recibido por vosotros con agrado y benevolencia, á la manera que solemos oir con deleite al que nos habla de todo aquello que ha fijado nuestros pensamientos y los afectos de nuestro corazón, siquiera nos cuente cosas y perfecciones y merecimientos que estamos hartos de saber, y aunque los refiera en estilo tosco y desaliñado.

Brota la palabra en nuestros labios cuando la acción ó influencia de las ideas que impresionan nuestra alma se ha levantado á tal grado de intensidad, que, no pudiendo contenerse en los límites en que fueron engendradas, salen á lo exterior para comunicarse á los demás y derramar por defuera la luz en que están envueltas y el calor en que están encendidas. Al realizarse esta revelación admirable, no hay en nosotros facultad que no contribuya á dar á la forma de nuestro pensamiento su expresión más adecuada y perfecta. El entendimiento la ilumina con los rayos de la verdad de que él

mismo está penetrado; la imaginación la esclarece y colorea con los más hermosos tintes y matices; la memoria la enriquece con sus recuerdos; los afectos que nos conmueven y los vicios ó las virtudes que nos abaten ó enaltecen, todas las potencias, en fin, que afectan nuestra alma, se enlazan en harmonioso conjunto para realzar la palabra humana con los adornos y joyas más resplandecientes. En las demás artes ó facultades revélase parte de nuestra actividad. En la palabra se manifiesta todo el sér y naturaleza del hombre, su inteligencia, la energía de su voluntad, la educación de sus costumbres, el ambiente físico y moral en que se ha criado, lo que ha sido, lo que es, lo que puede ser. Según sea el estado de exaltación ó abatimiento en que se hallen las facultades de nuestra alma, así será la forma expresiva de nuestros pensamientos. De aquí la diferencia en el tono de la expresión, la variedad en la energía de la frase, y la diversidad de formas que reviste el lenguaje en cada uno de los hombres. Cada cual, en verdad, tiene su estilo, como cada cual tiene su voz, su fisonomía y su carácter. Y como las naciones no son más que muchedumbres de individuos unidos por lazos comunes de ideas, sentimientos y tradiciones, á cada modificación de estas fuerzas ó elementos corresponde una modificación en la lengua, tan clara y manifiesta, que en la variedad de sus formas y sonidos, y en la naturaleza del estilo y en sus frases y modos de decir puede conocerse el estado de las ideas, pasiones y caracteres de los que la hablan, y á través de los acentos del conversar común y en el vasto murmullo de sus sonidos puede sentirse alentar el espíritu de una nación y palpitar el corazón de un pueblo.

No hay duda que la esencia de estas fuerzas psicológicas que, obrando en lo más profundo y escondido del alma, aparecen en la vida exterior del lenguaje, se oculta al humano entendimiento, así como se oculta la íntima acción de las fuerzas físicas que, obrando en los elementos de la materia, son la causa última de los grandiosos fenómenos que la naturaleza ofrece á nuestra vista; mas también es verdad que no faltan hechos ó causas generales por donde podemos rastrear en alguna manera la razón de los fenómenos que presenta el lenguaje, ya lo

consideremos en los hombres singulares, ya en el pueblo ó nación que lo habla.

Estrechísima es la relación que hay entre la idea y la palabra. No se confunden ni se identifican; pero andan tan unidas y enlazadas, que lo que afecta á la una, altera ó modifica necesariamente á la otra. La palabra es la señal exterior de la idea, su expresión material, la forma que la revela en su mayor pureza y exactitud. La idea es la virtud que da sér intrínseco á este signo material, la luz que lo esclarece, el alma que lo anima. La palabra sin la idea sería sonido muerto y sin significación ni importancia alguna; la idea sin la palabra quedaría oculta en lo escondido del alma y privada de toda vida ó influencia exterior. Juntas estas dos realidades, es á saber, el pensamiento con su forma y el signo con la cosa significada, resulta la creación más bella, más útil y beneficiosa que la mano de Dios ha puesto al servicio de la criatura racional.

En este compuesto maravilloso es claro que la idea ha de llevar ventaja á la forma, como el espíritu la lleva á la materia. La idea es, en efecto, antes que la palabra; es además lo que la sostiene y fecunda, lo que le da toda la energía y virtud que en sí tiene. «El hablar, dice Fr. Luis de León [1], nasce del entender, y las palabras no son sino como imágenes de lo que el ánimo concibe en sí mismo.» Cuanto este concepto sea más claro y vigoroso, cuanto más noble y elevado, tanto más poderosa y eficaz será la palabra. La luz de las ideas ha de penetrar y ennoblecer el lenguaje, si ha de ser claro é inteligible. De dentro le ha de venir su hermosura, no de los adornos postizos y exteriores. «No basta, decía uno de nuestros antiguos [2], que el concepto ó pensamiento que exprime la lengua, como el oro, resplandezca y brille por defuera; más que esto es menester para su perfección y hermosura: ha de resplandecer en lo hondo y en el centro de él como el cristal y el diamante, descubriendo la fineza de su más íntimo valor con resplandores que por todas partes le cerquen y de que todo él esté bañado ó

1 En *La Perfecta casada*, § 10.
2 Fr. Jerónimo de San José en su libro *Genio de la Historia*, p. III, c. IV.

penetrado.» Poco importa que los vocablos sean sencillos y tomados del hablar común y aun familiar, si la idea es noble y precisa. Sea el pensamiento claro, perspicuo y luminoso, que si lo es, su misma claridad y nobleza, reverberando en las palabras, las esclarecerá y ennoblecerá y subirá los quilates de su valor.

Principio de la claridad y ennoblecimiento de la idea es la verdad. Solamente lo verdadero es claro é inteligible, como solamente es noble, hermoso y deleitable. Lo falso y erróneo es siempre oscuro, siempre confuso y repugnante. Criado en las tinieblas, huye la luz y esconde su verdadera realidad de los ojos y aun de las sospechas de los hombres. Con la verdad aparecen los objetos como son en sí, puros, sinceros y con aquel sér que recibieron de su Criador, y por esto son hermosos y agradables; con la falsedad se presentan revueltos y disfrazados con trajes y apariencias extrañas que, por más que lo procuren, no pueden ocultar su intento de seducir la inteligencia, y por esto son enojosos y aborrecibles.

La claridad de las ideas, efecto y resultado de su verdad, parece que debiera lograrse fácil y aun naturalmente, y de aquí pasar á las palabras por consecuencia necesaria; y con todo esto, nada hay más difícil y trabajoso. «Escribo como hablo, decía Juan de Valdés [1]; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque en ninguna lengua está bien la afectación.» Hermoso precepto, pero que en su aparente sencillez encierra la dificultad mayor que contienen las obras artísticas, supuesto que el mayor esfuerzo del arte ha sido siempre disimularse y esconderse á las miradas de los hombres.

Arte che tutto fa nulla si scopra.

Nace la dificultad en expresar clara y sencillamente las ideas de que como éstas no se ofrecen por la mayor parte á la inteligencia puras y distintas, sino envueltas en cierta vaguedad

1 En el titulado *Diálogo de la lengua.*

é indecisión vaporosa que no permite verlas en la exacta precisión de sus contornos, es necesario sacarlas de esta niebla ú oscuridad, á fin de que distintas é iluminadas en sí, puedan esclarecer las palabras con los reflejos de su propio resplandor y hermosura.

Esta apuración y aclaramiento de las ideas la hace el alma cuando por medio de la reflexión interior, ora instintiva, ora querida y deliberada, considera cada concepto ó idea por sí, y mirándolo por todos sus visos ó semblantes, examina los elementos de que se compone y los distingue cuidadosamente y derrama, en fin, sobre ellos el divino fulgor que á ella misma la embellece y sublima. Todo lo cual es de no escaso trabajo para la inteligencia, que vagueando siempre á lo exterior, se recoge y vuelve en sí muy penosa y difícilmente, y de todo cuida, al parecer, menos de lo que en ella pasa.

Que la prontitud en discernir los conceptos mentales y en distinguirlos y esclarecerlos haya sido siempre dote característica de los españoles, nadie habrá que lo ponga en duda. Nuestro entendimiento, como el cielo clarísimo de España, se goza en la luz, en la trasparencia y diafanidad de las ideas. La oscuridad y la confusión nos han sido siempre odiosas y repugnantes. Otras naciones se podrán gloriar de su discreción y agudeza; otras, de su elegancia y graciosidad; otras, de la precisión y energía de su hablar; los españoles nos gloriaremos siempre de hablar con claridad y sencillez. Decir las cosas clara y llanamente siempre significará hablar castellano.

De esta perspicacia nativa del ingenio, de la lucidez con que las ideas nobles y levantadas se han presentado á la mente de los españoles y del poder que ha ejercido esta claridad en los actos y resoluciones de sus voluntades, ha provenido la constancia y tenacidad en los propósitos, la llaneza y gravedad en las costumbres, el amor á la justicia y á la honestidad y el entusiasmo que han despertado siempre entre nosotros las grandes y generosas empresas. Las ciencias ó especulaciones de la inteligencia que más nos han halagado, han sido, no las que se refieren á hechos ó datos sensibles, á lo que se puede contar ó medir, á lo que puede ocasionarnos utilidad práctica

inmediata, sino las que versan sobre cosas ó realidades que resplandecen en las regiones más elevadas del pensamiento, tales como la Jurisprudencia, la Teología, la Filosofía llamada escolástica, y de éstas aquella parte sublime de los principios, adonde tienen que reducirse los hechos ó casos particulares, si ha de haber ciencia verdadera. Todas las causas en que se defendían tan elevados principios han tenido en esta tierra de España sus defensores más decididos y entusiastas. Por ellas se ha peleado tenacísimamente; por ellas han derramado millares de españoles su sangre, arrostrado dificultades indecibles y sacrificado su bien estar, sus comodidades y sus haciendas. Nos han llamado soñadores, gente fantástica, nación de caballeros andantes; pero nada nos han importado tales dicterios, y hemos seguido imperturbables nuestro camino, rindiendo culto á nuestros grandiosos ideales y despreciando los bienes y las ventajas del cuerpo para atender á los bienes y á las inmortales aspiraciones del alma.

En todo tiempo fueron los españoles finos amantes de la belleza ideal que campea en las cosas que se sobreponen á los sentidos; pero jamás pusieron tan de realce esta magnífica cualidad como en el siglo XVI, el más glorioso, sin duda, de nuestra historia, y tan bello y admirable cual no puede presentarlo ninguna nación entre las extendidas por la redondez de la tierra. De aquellos valerosos españoles pudo decirse con más razón que de los atenienses del tiempo de Tucídides [1] que así obraban y procedían como si no tuvieran más hacienda que su idea ó pensamiento. Descontando hechos ó casos particulares, inevitables en la condición de la naturaleza humana, las ideas más levantadas, el legítimo honor, el acrecentamiento de la religión, el engrandecimiento de la patria, encaminado á ganar

Al rey infinitas tierras
Y á Dios infinitas almas,

fueron los móviles de unas hazañas que por su grandeza y temeridad nos parecen hoy imposibles. Jamás se vieron en

1 Véase el libro I de *La Guerra del Peloponeso*, n. LXX.

pueblo alguno de la tierra espíritus más gallardos y vigorosos, ni que arrostraran mayores peligros y dificultades para hacer triunfar tan nobles ideas, que los que se vieron en España en aquella edad, eternamente venturosa. Jamás tampoco los hubo que acometiesen con tanto ardor la resolución de los problemas más arduos que se ofrecen al humano entendimiento; porque si las hazañas de los guerreros y famosos capitanes aparecen como imposibles ó quiméricas, las especulaciones de las inteligencias de los teólogos ó filósofos españoles, según constan en los monumentos de su saber, son tales, que de sólo mirarlos se queda la imaginación espantada.

A la eminencia y soberanía de estos ingenios, más que al poder de las armas y á la habilidad de las negociaciones diplomáticas, debió España su preponderancia y avasalladora influencia. Triunfantes y acompañados de los aplausos más honrosos para la naturaleza humana, los sabios españoles recorrían los reinos y provincias de Europa, derramando la luz de su enseñanza en casi todas las Universidades, obteniendo en ellas vítores y coronas, honrando las imprentas con sus obras inmortales y ganando para su patria una gloria no perecedera. En verdad, la grandeza política de España en aquel siglo tuvo sus enemigos y provocó envidias inextinguibles; su grandeza científica é intelectual, si provocó envidia, fué la que llama Cervantes santa y bien intencionada; envidia que, para honor de nuestra naturaleza, no se ha acabado todavía, pues no hay nación que no desee haber engendrado ingenios tan famosos y que no se considere honrada con estampar de nuevo ediciones magníficas de los libros de aquellos sabios egregios.

El pueblo que producía ingenios de una grandeza intelectual tan extraordinaria, había de ser grande intelectualmente. De él había salido la savia que discurría por tan vastas inteligencias. Él, además, no era el guiado y conducido por sus reyes, políticos, guerreros, conquistadores y varones insignes; sino que él era quien guiaba y arrastraba á éstos por la senda gloriosísima que se franqueaba á los espíritus. Noble y de alentado corazón, abierto á todas las grandezas del alma, se puso al

frente del movimiento político y civilizador del mundo, declarándose el defensor de la verdad católica, el baluarte de la Iglesia romana, el amparador de la dignidad de la ciencia, puesta á grave peligro por las herejías de Lutero [1]. Viviendo en la clara atmósfera de las ideas, había colocado el fundamento de su vida intelectual, no en las vaguedades de la opinión, sino en doctrinas claras, precisas y auténticamente demostradas. Luz quería, no oscuridades ni indecisiones. Dogmas é ideas le movían, no exaltaciones de la sensibilidad ni entusiasmos irreflexivos. La fe, fundamento de sus creencias y de las relaciones del alma con el Criador, era, no aquella fe vagarosa é indeterminada, hija del instinto y del sentimiento, que, nacida allá entre las nieblas de Alemania, extraviaba entonces á otros pueblos y naciones, sino la que se apoya en dogmas bien definidos y cuya existencia puede ser demostrada con argumentos ciertos é incontrastables.

Santa Teresa, ejemplar sin duda alguna el más hermoso y auténtico de la piedad española, buscaba, no devotos entusiastas que exaltasen su sensibilidad y fomentasen los encendimientos de su corazón apasionado, sino teólogos eminentes que iluminasen el espíritu con su enseñanza, que la asegurasen de la bondad de sus propósitos y quereres, y que le mostrasen los peligros que podía encontrar en los misteriosos caminos que llevan nuestra alma á Dios. «Son gran cosa letras, decía [2], para dar en todo luz,» y una y otra vez encargaba á sus religiosas que ante todo buscasen hombres doctos, *letrados* como los llamaba, para la dirección de sus almas.

Con tal formación ó educación intelectual, entiéndese la alteza de los pensamientos, la firmeza de las convicciones y la forma y tendencia que los españoles del siglo XVI hubieron de imprimir á las especulaciones de la mente, y sobre todo á su

1 Son notorias las invectivas de Lutero contra la ciencia y contra las fuerzas naturales de la razón y de la libertad humana. Sobre los deplorables efectos producidos por sus predicaciones en la cultura general de Alemania, pueden consultarse las obras históricas de Audin, Jansens y otros.

2 En el *Camino de la perfección*, cap. V. — Esta idea es una de las que ocurren con más frecuencia en los escritos de Santa Teresa. En una carta encarga á la Priora de Sevilla que, cuando hubiere de comunicar algo, se deje de maestros de espíritu y busque grandes letrados, que « éstos, dice, me han sacado de muchos trabajos. »

filosofía, á su literatura, á su lenguaje y á su estilo. Viviendo la inteligencia del pueblo español en una esfera brillantísima de luz y de sabiduría, había necesariamente de reverberarla en todas sus producciones. Como el entendimiento veía claro y rebosaba de evidencia, había de reverterla naturalmente sobre las cosas á que se aplicaba. Como era un foco de luz, había de comunicarla hacia fuera y clarificarlo y hermosearlo todo con sus resplandores; y purificados y acendrados y ennoblecidos los conceptos, tenían que reflejar sobre las palabras en que iban envueltos aquel lustre que les venía de lo más íntimo de su sér y de lo más hondo de su naturaleza.

El deseo de traspasar esta claridad instintiva del pensamiento á las dicciones y á todo el discurso de la oración es la cualidad que más distingue á los escritores de aquel tiempo. El amor de la verdad es su guía, el inspirador de sus ideas y el que compone, ordena y metrifica sus palabras y sus frases y expresiones. Todo en sus libros se subordina á esta verdad. Muévense las ideas con orden tranquilo y apacible; el estilo corre limpio y sereno, sucediéndose unos conceptos á otros sin violencia ni esfuerzo, cual las ondulaciones de una fuente en cuya tersa superficie se retratan las luces del cielo y en cuyo fondo se ven las más menudas piedrezuelas. Allí no hay palabras superfluas y baldías, puestas no más que para dar pompa y boato al estilo. La imagen no ahoga á la idea, sino que la realza y embellece. Los epítetos son propios y convenientes; las metáforas y figuras, como nacidas con los objetos que quieren ennoblecer; todo el andar de la frase, sencillo, espontáneo y natural.

Y esta sinceridad y candor de lenguaje no son propios únicamente de teólogos ó filósofos que habían pasado su vida entre el polvo de los libros y el alboroto del disputar de las Universidades. La claridad de los conceptos, el pensar alto y profundo, el estilo claro, nervioso y robusto, es común á todos los escritores de aquel tiempo, y aun mujeres cuya librería estaba reducida á unas pocas obras de romance, escriben con una precisión y propiedad de palabras, aun sobre cosas altísimas, que espanta hoy á hombres muy versados en las especulaciones de la ciencia. Y la razón de esto es porque, si no

habían frecuentado las aulas ni sabían nada de las categorías de Aristóteles, ni sospechaban que hubiese análisis de conceptos, ni figuras silogísticas, además de poseer la lucidez de entendimiento propia de nuestra raza, escuchaban de continuo á varones doctísimos que, con la luz de su enseñanza, ilustraban á maravilla sus inteligencias; vivían en dichosa familiaridad con las ideas nobles y generosas; se nutrían de la médula del león, que con tanta abundancia les ofrecían aquellos insignes maestros.

En verdad, los grandes teólogos de España en el siglo XVI fueron los verdaderos maestros y los legítimos formadores y educadores del pueblo español. Su noble amaestramiento dió elevación á las ideas y temple y vigor al carácter nacional; y la eficacia de su influencia, obrando directamente en lo más íntimo de la lengua española, puso en alarde sus galas más brillantes y sus más preciados tesoros. Porque es así que todos los escritores de aquella edad merecen alta estima, no habiendo uno siquiera, por oscuro que sea, en quien no resplandezcan grandes riquezas de estilo y bellezas admirables de lenguaje: en los historiadores maravilla la dicción severa, majestuosa, llena de energía y gravedad; en los novelistas asombra la naturalidad en la pintura de los caracteres, la viveza de las descripciones, la soltura y buena gracia del diálogo; en los dramáticos hay una flexibilidad y riqueza de palabras que no tiene igual en el mundo; en los poetas, y en especial en aquel poeta sin nombre y que no fué menos que todo el pueblo español, autor del prodigioso *Romancero,* hay tal mina de frases galanas y graciosísimos modos de decir, que realmente es inagotable; pero toda esta riqueza y copiosidad de lenguaje es muy insuficiente á dar idea de los tesoros que encierra nuestra habla, de suerte que, quien hubiese profundizado en el estudio de los dichos autores y admirado en ellos el vigor, la copia, la majestad de la lengua castellana, muy mal conocería esta lengua si no la hubiese estudiado además en los libros de los ascéticos españoles.

Las obras que estos autores escribieron son las joyas más estimadas de nuestra literatura. En ellas campea toda la

soberana majestad de la lengua castellana; en ellas es donde se aprende á modelar la frase, á darle precisión y claridad, á granjearle número y harmonía; en ellas es, sobre todo, donde se acostumbra uno á pensar bien, principio y fundamento del bien hablar y del bien escribir. ¡Qué savia tan vigorosa discurre por sus páginas! ¡Qué calor tan íntimo y penetrativo se siente al leerlas! ¡Qué viveza en las imágenes! ¡Qué abundancia de comparaciones! ¡Qué tropel de frases y dichos galanísimos se levantan al contacto de las plumas de estos escritores admirables! Las palabras más sencillas adquieren en ellos una especie de iluminación sobrenatural que esclarece prodigiosamente la inteligencia, y la levanta y sublima. Sus frases despiertan en el alma ideas y emociones que jamás experimentaron Sócrates ni Platón, ni cuantos alzaron sus entendimientos á la contemplación de los misterios divinos. Conócese al leerlos que su inspiración les viene de una región más alta que el Parnaso y de una fuente de aguas vivas más vigorosas que las de Aretusa é Hipocrene. Guía y mueve sus plumas, no el arte ó impulso humano, ni siquiera aquel sagrado instinto ó furor que al decir de Platón había de arrebatar y sacar fuera de sí al poeta si había de producir obras grandes y hermosas, sino un aliento más noble y un como delirio ó transportamiento divino que, lanzándose en ellos, los llena del espíritu de Dios, y aviva su fantasía y penetra y transforma sus ingenios de suerte, que las palabras que salen de sus plumas despiden resplandores que todo lo iluminan, y centellean y levantan llamas por donde quiera que pasan. En verdad, su lenguaje no parece de hombres, sino de ángeles, y nunca como en estos escritores se verifica la sospecha de Platón [1] de que «en el lenguaje humano hay palabras tan admirables y hermosas que solamente Dios pudo enseñarlas y revelarlas á los hombres.» A la luz de estas palabras parece que los misterios divinos pierden algo de su oscuridad, y la majestad terrible de Dios se acerca á nosotros y se nos avecina y humana, y como que la vemos en aquellos libros

1 En el Diálogo *Cratilo*, n. XV.

destellando rayos de su claridad y avivándolos con su augusta presencia; de suerte que, si delante de una estatua hermosa Sócrates adoraba la Hermosura, en presencia del espíritu que anima el estilo y el lenguaje de nuestros místicos el hombre adora á la Divinidad que vive y resplandece en sus prodigiosos escritos.

¡Ah! Gloríese Grecia con Platón, Proclo y Plotino. Ufánese Roma con Séneca y Marco Tulio. Envanézcanse las modernas literaturas con Bossuet y Fenelón, con Bártoli y Ségneri, con Herder y Schelling; que los españoles, sin negar el mérito de estos autores y la alteza de sus escritos, reservaremos nuestros amores y el entusiasmo de nuestro corazón para nuestros grandes escritores ascéticos, para Avila y Granada, Fray Luis de León, Alonso Rodríguez, Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz y otros ciento; y sobre todos estos entendimientos sublimes, y sobre todos cuantos en todas las lenguas y naciones y literaturas del mundo han escrito de Dios, de sus perfecciones inefables y de sus misericordias para con el hombre, colocaremos á aquella ilustre avilesa, honor eterno de España y gloria perdurable de su sexo, que más que nadie alcanzó de tan sagrados misterios y que supo declararlos con mayor hermosura, sublimidad y dulcedumbre de estilo.

Mas el principio de vida que anima el lenguaje de estos escritores trasciende de tal manera los medios que la naturaleza ha puesto en nuestras manos para la declaración de los pensamientos, que no es posible juzgar de ellos por las mismas reglas que nos guían ordinariamente en el juicio que formamos sobre los demás libros ó escritos. Así, dejando aparte estos autores y volviendo á la forma del lenguaje tal como la sugiere ó inspira la fuerza natural de la inteligencia, es necesario convenir en que la claridad de las ideas, aunque sea fundamento de la propiedad y pureza de una lengua, no basta á darle toda la eficacia de que es capaz.

No hay duda de que la palabra está estrechísimamente

relacionada con la idea; pero fácilmente se concederá que no es la idea misma, ni aun su exacta representación ó imagen. Es una forma extrínseca y material de que nos servimos para expresar el concepto formado en lo más hondo y retirado de la mente; pero que no lo representa en toda su exactitud y realidad, antes le es tan desemejante y apartado como lo es el cuerpo del alma y la materia del espíritu. La idea es enteramente inmaterial é insensible; la forma es sensible y material; aquélla habla y se revela á la inteligencia; ésta se descubre directamente á la actividad de los sentidos; aquélla, en fin, resplandece con la claridad y evidencia de lo que es puramente inteligible; ésta anda siempre revuelta con las nieblas y oscuridades de la materia, y aunque más se eleve, transforme y transfigure, nunca llega á hermosearse con los resplandores con que se iluminan los conceptos del alma. Así no es de maravillar que las ideas que vienen ó pueden venir á nuestra mente sean innumerables; mientras que las palabras que usamos para declararlas están contenidas en una cantidad determinada de sonidos, inventados para el uso de la humana sociedad, sonidos ó formas expresivas que ya encontramos hechas, y á las cuales, por fuerza ó de grado, hemos de conformarnos si queremos vivir y conversar con nuestros semejantes. Por esto cualquiera lengua, aun la más rica, es muy pobre é imperfecta, si se compara con la abundancia de ideas que de continuo surgen en nuestro espíritu; es á manera de un instrumento que sólo puede dar un número limitado de sonidos, los cuales, por muchas que sean las combinaciones á que se presten, siempre serán insuficientes á expresar las notas ó modulaciones innumerables que excita en nosotros la fuerza de la mente, movida por el espectáculo del universo. De esta desproporción entre nuestras ideas y los medios de declararlas, nace la dificultad del lenguaje y del estilo, dificultad que tal vez sea la mayor que ofrece el arte en los varios campos ó regiones donde desenvuelve su actividad.

A fin de suplir tal defecto debe el hombre trabajar sobre las palabras que están en el uso común, eligiéndolas hábilmente, colocándolas en apropiado lugar, combinándolas unas con

otras y disponiéndolas de suerte, que se junten y como envíen mutuamente sus resplandores, á fin de que de esta combinación, contraste y reflexión recíproca resulte aquella idea ó forma y expresión de pensamiento que de las palabras solas no podía salir.

Para este trabajo de combinación ó contraste, la luz ó facultad que guía al hombre no la encuentra éste fuera de sí, sino en sí mismo, en una cierta disposición ó estimativa natural, en una como voz interior que despierta y aviva nuestra mente y nos señala las palabras que tenemos que usar y de qué manera hemos de disponerlas para que, escuchadas ó recibidas por otros, reproduzcan en ellos con igual perfección y entereza la idea que en nosotros vive y subsiste. Mas aunque este instinto ó disposición espontánea sea la condición indispensable para hacer obras bellas y perfectas, no puede negarse que, por feliz que sea, no basta él solo para alcanzar el colmo de la perfección del arte, sino que requiere además la disciplina y enseñanza exterior, si ha de desenvolver toda la fuerza que en sí tiene; es una piedra preciosa que despide destellos y resplandores muy hermosos, pero que necesita del engaste que realce y exagere su valor; es, en fin, el ramo de oro escondido en el bosque sagrado, salvoconducto para entrar en el alcázar del arte, pero que no exime al que lo posee de guía que le conduzca y le muestre las bellezas encerradas en el misterioso recinto.

Este guía y enseñanza la tenemos, más que en las reglas áridas y en los preceptos retóricos, en la contemplación y estudio de las obras que nos dejaron aquellos eminentes ingenios, en los cuales el Criador estampó más profundamente la huella de su virtud. Hay en las obras de los tales escritores, no sé qué actividad intrínseca, no sé qué poder plástico y formativo, que de tal manera influye en el ánimo del que las contempla, que parece traspasar en él algo de la misteriosa eficacia que á ellos los hizo tan grandes. «Son, como dice Longino [1], á manera de fuentes sagradas, de donde se exhala suavísimo

1 En el tratado sobre *Lo sublime*, n. 13.

vapor que penetra el alma, no de otra suerte que el que se desprende del antro de Delfos y enajena á la sacerdotisa.» En presencia de las obras ó composiciones de estos ingenios sentimos despertarse en nosotros una secreta harmonía de voces y sonidos, de luces y colores, que nos excita á ejecutar algo grande, algo de que antes no nos sentíamos capaces; y así como Winckelmann, al fijar sus ojos en la gentil apostura del Apolo de Belvedere, advertía que insensiblemente sus miembros iban tomando una actitud digna y respetuosa, así al contemplar las obras de estos escritores, nuestras ideas se van instintivamente componiendo y concertando, nuestros sentimientos se embellecen y todas las facultades de nuestra alma entran en orden y harmonía.

Tan grandes modelos son de todos los tiempos y de todas las naciones; pues así como el dominio de la belleza se extiende á todo el ámbito de la creación, de suerte que no hay cosa, por mínima que parezca, que no participe de este atributo, así no ha habido nación, pueblo ni clase de hombres en la tierra, donde no hayan florecido ingenios insignes capaces de expresar por modo admirable la hermosura de las cosas. Mas no se puede negar que entre los varios pueblos que se han sucedido en el curso de la historia, ninguno nació con disposiciones más felices para la creación de las obras artísticas que el de Grecia en tiempo de Pericles, y el de Roma en tiempo de Augusto. Los escritores que florecieron en estas dos edades fueron los favorecidos de las Gracias, hallándose en ellos sus facultades templadas con tan dichosa consonancia, que la forma de que revistieron sus pensamientos parece la más bella y rozagante á que puede aspirar el ingenio del hombre. Sus obras han quedado como ejemplares de toda inspiración artística, sana y hermosa; y cuantos pueblos y naciones han aparecido en el teatro del mundo, espantados en presencia de la suma beldad que en ellas campea, han tenido á su mayor gloria imitarlas y reproducirlas.

Nunca, ni aun en los siglos más tenebrosos, faltó en España el conocimiento de tan acabados modelos. Pero era muy difícil que este conocimiento diese frutos de obras perfectas de estilo

en unos tiempos en que andaban todavía vagas é indecisas las formas del lenguaje, y cuando las inteligencias, enrudecidas con la aspereza de las costumbres, descuidaban los primores del arte, y si alguna sobresalía y se aventajaba á las demás, resplandecía por la *lumbre de la sciencia* más que por el *florear de la lengua* [1].

Comenzaron á desvanecerse estas tinieblas por los esfuerzos de aquella muchedumbre de varones ilustres, tales como Antonio de Nebrija, Ginés de Sepúlveda, Núñez Pinciano, Oliver, que en el reinado de los Reyes Católicos popularizaron el cultivo de las Humanidades, dando á conocer en España los modelos de Roma y de Grecia, y logrando infundir tal entusiasmo por la clásica antigüedad, que, al decir de un extranjero contemporáneo [2], «no era tenido por noble el que no era afecto á las letras humanas.» Es cierto que este estudio se ciñó al conocimiento de las obras de los autores latinos y griegos más que á aplicar las reglas de su enseñanza al cultivo del patrio idioma y á su enriquecimiento con obras bellas y originales; pero aunque imperfecto, el estudio de la antigüedad, al dar á conocer los modelos del arte, fué afinando el gusto y disponiendo las inteligencias al desarrollo que se preparaba.

Y aquí es de advertir una circunstancia especial que desde el renacimiento de las letras clásicas en España distinguió á nuestros humanistas. En nuestra patria, á diferencia de lo que pasaba en otras provincias de Europa, el estudio de la antigüedad anduvo exento de los fanatismos, sensualidades é imitaciones ridículas y pedantescas que, falseando el pensamiento, habían de ahogar toda inspiración y encerrar el ingenio en círculo infranqueable. La discreción y el buen gusto guiaron á nuestros renacientes. Para ellos la palabra no fué un vestido hecho para aprisionar la idea, sino un traje elegante que realzaba la natural hermosura del pensamiento. Cultivaron y amaron la forma, pero sin adorar en ella; vieron en sus gracias

1 Esto dice Fernán Pérez del Pulgar hablando del célebre Alonso de Madrigal, por otro nombre el *Tostado*.

2 Jovio en el elogio de Antonio de Nebrija.

y contornos un rayo ó vislumbre de la Divinidad, mas no á la Divinidad misma. Bebieron del licor generoso, pero sin embriagarse con él, ni perder el tino ni la conciencia de su personalidad. Así el célebre Luis Vives [1] se burla graciosamente de un erudito italiano que, como medio muy eficaz para llegar á escribir elegantemente en latín, le había aconsejado que por dos años no leyese más que á Cicerón, como si en los escritos del orador romano estuviese agotada la lengua y la elocuencia latina, y como si las formas de que él usó fueran las únicas á que hubiesen de ajustarse necesariamente todos los ingenios.

Mas á pesar de tan vivo entusiasmo y de tan sana independencia, no faltaron varones muy doctos que sostuviesen con tenaz porfía que las cosas de importancia habían de escribirse solamente en latín, desdeñándose de usar para ellas la lengua que les era natural, y privándola por consiguiente del aliño y pulidez que hubiera podido recibir de tal aplicación y tratamiento. No hay duda que el uso de la lengua latina, fuera de la ventaja de ser lengua común entre las gentes instruídas, podía ser un ejercicio excelente y aun necesario para aclarar las ideas, y adquirir con esto una cierta gravedad, elegancia y grandeza de estilo; por lo cual tenía razón el autor del *Diálogo de la lengua* al decir que la ignorancia de la lengua latina que había habido en España, fué causa muy principal para la negligencia que hubo en escribir bien castellano; pero dar tal ventaja á esta lengua, que se desestimase la natural, creyéndola incapaz de expresar las cosas grandes y de importancia, fué absurdo indisculpable [2]. El lenguaje sigue las vicisitudes del pensamiento. Cuando una forma gramatical cambia ó perece, es señal de que la idea y el concepto han cambiado también. Empeñarse en conservarla es violentar la naturaleza, poner en contradicción la idea con la forma y luchar contra una corriente que por fuerza nos ha de arrastrar.

1 Véase el tomo III de las epístolas de Erasmo, ep. 990.

2 Hay que confesar que los sostenedores de semejante error en España no llegaron á los extremos y temeridades de lenguaje que se usaron en Italia, según puede verse en la *Storia del Ciceronianismo*, por R. Sabbadini, impresa en Turín este mismo año de 1886.

Esto hubieron de conocerlo antes que nadie los que capitanearon aquel hermoso movimiento de restauración de los buenos estudios, y por esto al cultivo de las letras clásicas juntaron el del patrio idioma, cifrando en la junta ó combinación de ambas literaturas el título de su mayor gloria y la felicidad de sus esfuerzos. Así Antonio de Nebrija, al formular los preceptos de la gramática latina, asentaba también los de la castellana. «Por honra de nuestra lengua, exclamaba el famoso autor de la *Minerva* [1], cualquier cosa se debe recibir por bien hecha.» Y el maestro Oliva, Ambrosio de Morales, Pedro Simón Abril y otros no cesaban de quejarse amargamente del desprecio en que algunos tenían el habla vulgar, exhortando á todos á su cultivo y á la aplicación de sus bellezas á cosas ó asuntos de general utilidad.

Pero entre todas estas voces elocuentísimas merece mención especial la que salió de aquella gloriosísima escuela que, nacida bajo el cielo de Andalucía, había de adelantar más que ninguna la causa del arte y del buen gusto, ya que, dando juntamente con el precepto la luz del ejemplo, señalaba el camino más fácil y seguro para llegar á la cumbre de la perfecta elocuencia. Ya entenderéis que aludo al brillante grupo de literatos insignes que, por los años de 1580, se reunieron en Sevilla al rededor del famoso Hernando de Herrera, y que en el libro de las *Notas á las Églogas de Garcilaso de la Vega* [2] dió su manifiesto ó pregón general, llamando á los ingenios de España al estudio de su lengua y á levantarla á la alteza de perfección de que era capaz. Pocas cosas hay en castellano escritas con tanto calor de ánimo y con elocuencia tan varonil como el prólogo con que adornó este libro famoso el Maestro Francisco de Medina. De él decía el Licenciado Juan de Robles [3] que tenía «tantos diamantes como dicciones,» y

1 Véase el *Epistolario español* de Ochoa, t. II, p. 31.

2 El título de esta obra es como sigue: Obras de Garcilasso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera, al Ilustríssimo i Ecelentíssimo Señor Don Antonio de Guzman, Marques de Ayamonte, Governador del Estado de Milan, y Capitan General de Italia. — En Sevilla por Alonso de la Barrera, año de 1580.

3 En *El Culto sevillano*, diálogo 1.º.

uno de vosotros [1] ha escrito recientemente que «por la pompa y harmonía de las cláusulas y por lo magnánimo de las ideas es, sin duda, el trozo más elocuente que ha salido de manos de ningún crítico español.»

Sin duda alguna el Maestro Medina pinta con colores demasiado vivos el abatimiento en que supone á la lengua castellana, y no menos exagera la escasez de libros bien escritos que poseía en aquel tiempo nuestra literatura, no pareciéndole ninguno perfecto sino las obras de Garcilaso de la Vega, y atreviéndose á decir de Fray Luis de Granada (á quien llama, aun viviendo Fr. Luis, honra de Andalucía y maestro incomparable de discreción y santidad), que «arrebatado en la contemplación de las cosas celestiales, tal vez desprecia las del suelo, y en sus descuidos procura dar á entender cuán poca necesidad tiene la bondad y la eficacia de la cristiana doctrina del aparato de las disciplinas humanas.» Mas teniendo en cuenta estas exageraciones, no hay español que no sienta inflamársele el pecho al leer aquellas cláusulas admirables en las cuales el Maestro Medina se entrega á la esperanza de que por los esfuerzos de los cultivadores de los buenos estudios «se comenzará á descubrir más clara la gran belleza y esplendor de nuestra lengua, y todos encendidos en sus amores la sacaremos del poder de los bárbaros;» «encogeráse, añade, de hoy más la arrogancia y presunción de los vulgares que, engañados con falsa persuasión de su aviso, osaban recuestar atrevidamente esta matrona honestísima; incitaránse luégo los buenos ingenios á esta competencia de gloria, y veremos extendida la majestad del lenguaje español adornada de nueva y admirable pompa hasta las provincias donde victoriosamente penetraron las banderas de nuestros ejércitos.»

Jamás se vió esperanza más de todo en todo realizada que esta «nueva y admirable pompa» que el escritor sevillano auguraba para «la majestad» de nuestra lengua.

1 Don Marcelino Menéndez Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II, volumen II, p. 390.

Fueron los primeros en procurársela aquellos cuyo ingenio llama Platón cosa etérea y alada, digo, los cultivadores del arte milagroso de la poesía, cuyo fin es embellecer los pensamientos con la lindeza de las palabras y aderezarlos con formas nuevas y elocuentes, «abriendo de esta manera camino, como enseña Cervantes [1], para que los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua, entiendan que tienen campo abierto, fácil y espacioso, por el cual puedan correr con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia.»

Años antes que sonase á orillas del Betis la voz vengadora de la cultura de nuestra lengua, el ilustre Garcilaso de la Vega,

Tomando ahora la espada, ahora la pluma,

había escrito aquellos poemas dulcísimos en que el habla castellana ostenta su fluidez y gallardía en tanto grado, que hacen verdadero el dicho de uno de nuestros críticos [2], es á saber, que «la lengua de Garcilaso será la lengua de las Musas siempre que quieran hablar castellano.» Pero el ensayo ó esfuerzo del toledano poeta, como los de otros muchos, no tuvo las consecuencias que naturalmente había de tener, no habiendo formado escuela numerosa, antes siendo su libro como uno de aquellos astros hermosos por su brillo, pero que vagan solitarios por los espacios celestes.

No así aquel poeta insigne á quien la escuela sevillana reconocía y acataba por adalid, y á quien seguían los ingenios más floridos de la Andalucía. Rara vez ha habido escritor que tuviese más títulos para ser cabeza de escuela, y rara vez ha habido discípulos que con tanto entusiasmo siguiesen las enseñanzas de su maestro. Dotado de alto entendimiento, no menos que de costumbres honestísimas, Hernando de Herrera pudo aspirar á los cargos más honrosos y brillar en cualquier carrera que emprendiese; pero llevado de la fuerza de la naturaleza, tomó por ocupación principal de su vida el estudio

1 En el prólogo á *La Galatea*.

2 El maestro Francisco de Medina en el prólogo á las *Notas* de Herrera á Garcilaso.

de las letras humanas, enamorándose de ellas en tanto extremo, que después de leer los más libros que se habían escrito en romance, quiso aprovecharse de las lenguas extranjeras, así modernas como antiguas, para el fin de levantar y hermosear la propia castellana. Su espíritu generoso no se satisfacía con lo extremado que veía y admiraba, sino que buscaba y procuraba con el entendimiento, como él decía, «modos nuevos y llenos de hermosura.» «No piense alguno, añadía [1], que está el lenguaje español en su última perfección y que ya no se puede hallar más ornato y variedad,» como quiera que «en tanto que vive una lengua y se trata, no se puede decir que ha hecho curso, porque siempre se alienta á pasar y dejar atrás lo que antes era estimado.» Y encarándose con los que pretendían condenar por su propio juicio lo que les parecía digno de censura, sin tener cuenta con la movilidad y perpetuo crecimiento del lenguaje, exclamaba [2]: «¿Qué ley tan estrecha es esta que quieren que se guarde con tanta religión? Tiranía es intolerable la que nos obliga á conservar estos advertimientos, nacidos no de razón ó causa alguna, sino de sola presunción y arrogancia de su ingenio. No se persuadan á creer con lisonja que solos ellos poseen las inmensas riquezas del lenguaje español. Porque no es este ya el tiempo en que se ocupaba la admiración de los hombres con cualquiera cosa. Ya osamos navegar el anchísimo Océano y descubrir los tesoros de que estuvieron ajenos nuestros padres. Enderezando el curso al clarísimo Septentrión, podemos pasar y vencer dichosamente mayores peligros y tempestades que los antiguos argonautas.»

Guiado por estos principios, que parecen copiados de un tratado de Filología moderna, pasó Herrera su vida en pulir y hermosear la lengua castellana, aquilatando sus frases y modos de decir, vistiéndola y adornándola con ropas lucidísimas y aun poniendo miramiento especial en la ortografía, en la cual introdujo novedades que no carecen de importancia. Es cierto que

1 En las *Notas* á las obras de Garcilaso de la Vega, p. 294.
2 Página 569.

su estilo se resiente todavía de aspereza y bronquedad, y que le falta aquella limpieza, claridad y harmonía que había de adquirir más adelante en las plumas de Lope de Vega y de Cervantes; pero en lo que toca á la magnificencia del lenguaje, robustez de estilo y osadía para inventar palabras y giros nuevos, nadie ha ganado al cantor de la batalla de Lepanto. Así se entiende que dijera Lope de Vega [1]: «Nunca se aparta de mis ojos Hernando de Herrera.» «Esta es elegancia, esta es blandura y hermosura digna de imitarse,» repetía al citar versos del gran poeta; y después de copiar aquella soberbia estrofa en que se representa al Betis alzando la venerable barba, revestida de verde musgo, removiendo el movible cristal de la sombrosa gruta y cubriendo la undosa ribera tapizada de perlas, púrpura y esmeraldas, exclama henchido de patriótico alborozo: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra; perdonen la griega y la latina.»

El ejemplo de Herrera, como queda indicado, no fué perdido ni sin consecuencias; su voz no resonaba en el desierto, sino en medio de muchedumbres dispuestas á escuchar sus consejos, y que, estimuladas por ambición nobilísima, enaltecían en la capital de Andalucía los blasones literarios de nuestra nación y los perpetuaban en monumentos que vivirán mientras viva la lengua castellana.

Allí, vivificados por los rayos de aquel sol hermosísimo, á la sombra de los naranjos y de los limoneros, embriagados por los aromas que perennalmente se desprenden de la feracísima tierra, y halagados por el rumor de las fuentes que saltan bulliciosas en los alegres patios, los espíritus de estos poetas ilustres se abrieron á la contemplación de la belleza ideal que reluce en las cosas, é inspirados por las Musas, la cantaron en versos magníficos, traspasando á las creaciones de su fantasía, á sus canciones, á sus odas y romances, toda la brillantez de colorido y la pompa y exuberancia de vida que veían desenvolverse en la naturaleza que los rodeaba. Allí Gutierre de Cetina exhalaba en versos dulcísimos la expresión de los afectos más

1 En el *Papel sobre la nueva poesía.*

delicados. Allí Francisco de Medrano, imitador feliz del vate de Venusa, realzaba en correctísimas estrofas las grandezas y las vanidades del hombre. Allí el noble Arguijo ostentaba en fáciles sonetos una grandilocuencia que suspende la imaginación y arrebata y transporta el entendimiento. Allí el festivo Alcázar derramaba á manos llenas la gracia y el donaire, y enriquecía el hablar común con epigramas sazonadísimos, tan delicados como los de Catulo y más limpios y honestos que los de Marcial. Allí Pacheco, Quirós, Salinas y otros mil ilustraban en poesías admirables la dulzura y la majestad de la lengua castellana, y á porfía la adornaban y engrandecían.

La chispa del entusiasmo poético, que tan vivas llamas había levantado en los ingenios sevillanos, prendió muy pronto en otras partes. Granada, la ciudad de las tradiciones y leyendas, asiento predilecto del arte, y donde el espectáculo de la naturaleza, los esplendores de su cielo y los monumentos de su historia hablan de continuo á la imaginación y la avivan y enardecen, vió florecer aquella su famosa escuela, inspiradora de los romances moriscos, y en Gregorio Silvestre, Gonzalo de Berrio, Barahona de Soto, Tejada Páez, y otros ciento inflamarse el estro poético hasta emular la gloria de Virgilio y de Horacio y eclipsar los versos suavísimos del cantor de Laura. Antequera presentaba en Pedro de Espinosa un modelo insuperable de pureza de estilo y de fantasía vivísima y apasionada. Córdoba ofrecía en Pablo de Céspedes un émulo de Miguel Angel en la cuádruple corona de pintor, escultor, arquitecto y valentísimo poeta. Salamanca saludaba en el Maestro Fr. Luis de Leon la gloria más alta de la poesía española y el vencedor de la clásica antigüedad. Valencia se ufanaba con el insigne Francisco de Aldana y Rey de Artieda. Zaragoza, con los hermanos Argensolas. Ronda, con Vicente Espinel. Guadix, con Mira de Mescua, y, en fin, no hubo provincia, ciudad ó pueblo que no encerrase en su seno algún amante celoso de las musas. Versos hacía el militar en medio del estruendo y del continuo sonar de trompas y clarines; versos, el hacendado entretenido en sus trabajos y faenas;

versos, el religioso en el retiro de la soledad; versos, el caballero en sus cuitas y afanes; versos, la gentil señora en su tranquilo recogimiento. En toda España resonaba sin interrupción la voz de las Musas, menudeando de todas partes epístolas y canciones, romances y sonetos, epigramas y madrigales.

Dichosa edad y siglo dichoso aquel en que, tranquila el alma y ajena de pasiones que miserablemente la envilecen é infiernan, podía entregarse sin cuidado á las dulces artes de la paz y al cultivo de las más bellas facultades con que plugo á Dios enriquecer á nuestra naturaleza! Feliz ocupación la de aquellos varones ilustres que, á vueltas de los negocios más arduos y de las más difíciles especulaciones del entendimiento entreveraban el ameno cultivo de las letras y el suavísimo solaz de la poesía! Hermoso descanso el de aquellos que, después de recorrer las bellísimas florestas de Italia ó de vuelta de las brumas de Flandes, entre las cuales habían derramado su sangre por el honor de la patria, tornaban alegres á sus hogares, y allí, rodeados de su familia, abastecida la mesa de amable paz, con un libro y un amigo, renovaban sus estudios juveniles y buscaban en el cultivo del arte vagar y honesta diversión á sus inteligencias. Así ennoblecían su imaginación y hermoseaban sus sentimientos, y con la acertada compostura de las palabras, con el resplandor de las figuras, con las luces y adornos de las argentadas frases, granjeaban majestad y belleza á los conceptos, gala y primor á su estilo y perfección extraordinaria á la lengua, á la cual preparaban para recibir su mayor grandeza y su más hermosa y resplandeciente claridad.

Siempre fué la poesía la forma en que el arte del bien decir comenzó á alcanzar su perfección y hermosura; pero no se puede negar que el campo donde logró mayor realce y grandeza, y donde venció mayores dificultades é hizo alarde de más preciadas riquezas, no fué la poesía, sino la prosa. Ocultas en la harmonía resonante del verso, pasan faltas de lenguaje y de estilo que no pueden menos de descubrirse en la desnudez del hablar sencillo y desatado. En la prosa, además, campea el ingenio con más desembarazo y gallardía, y suelto de las trabas ó violencias que imponen la estructura del metro y la

consonancia de la rima, puede dar á sus conceptos una forma más apropiada y hermosa, y á su razonamiento toda la libertad que pide la naturaleza de las cosas para ser realzadas cual conviene. Y como esta misma desenvoltura y libertad le exponen más al peligro de traspasar las reglas impuestas por la sabiduría de la razón y por las leyes del buen gusto, el escribir bien y hermosamente en prosa requiere cuidado especial, y el triunfar de tantas dificultades como trae consigo este arte, supone dotes más excelentes de entendimiento, discreción y sabiduría que no el arte de hacer versos. Nada es en efecto más fácil que el persuadirse de que escribir bien en prosa es cosa llana y que no puede ofrecer dificultad, antes se dan muchos á pensar que, como todo el mundo habla en prosa, hay que escribirla como la habla todo el mundo, sin diferenciar lo que va de la naturaleza al arte, y no considerando que si el arte imita á la naturaleza es para embellecerla y realzarla con esta imitación. En fin, nuestra lengua es tan magnífica de suyo y tan espléndida y sonora, que, á vueltas del verso, se esconden fácilmente ideas baladíes y aun torcidas y erróneas, cosa que no es tan fácil en la franca luz de la prosa. Así versos bellos, elegantes y harmoniosos los han hecho millares en España; lo que ha escaseado siempre han sido buenos prosadores, dotados de estilo propio, correcto y bien formado, y que hayan puesto en su lenguaje aquel artificio que es prenda de inmortalidad gloriosa.

Por esto los escritores á quienes el juicio de la posteridad ha colocado en la parte más sagrada del templo del arte, sintiendo vivamente esta dificultad de realzar y ennoblecer el hablar común, se dieron al trabajo de pulir su estilo, y no se cansaron de corregir y de enmendar y aun dejaron la pluma con el pesar de no haber podido comunicar á sus escritos aquel punto de perfección que entreveían en su mente. Así Platón, á los ochenta años de edad, corrige aún sus diálogos, habiéndose encontrado después de su muerte el principio de uno de ellos, el *de la República,* variado hasta de veinte maneras. Pascal trabaja tanto su estilo, que cambia hasta ocho y diez veces un pensamiento, cuya primera forma á cualquiera hubiera

parecido inmejorable. Buffón hace tantas correcciones á su libro sobre *las épocas de la Naturaleza*, que tiene necesidad de copiarlo hasta once veces. Manzoni se está quince años corrigiendo su novela inmortal *I promessi sposi*; y así otros muchos que sería fácil citar. Tales fueron las dificultades que hallaron escritores ilustres para dar á la expresión de sus pensamientos aquella forma hermosa, apropiada, única que convenía á la naturaleza y circunstancias de las cosas que querían expresar; así concibieron el fin del arte y el respeto que debe el hombre al resplandor de la Divinidad que brilla en la hermosura de las cosas, y los esfuerzos que tiene que hacer para traspasarlo puro y no contaminado á las creaciones de su fantasía.

No pensaron de otra suerte aquellos autores incomparables que en la edad más gloriosa de nuestra literatura levantaron la lengua castellana á su mayor punto de perfección y encumbramiento. «La prosa, cuando se habla ó escribe como conviene, decía uno de ellos, el famoso Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa [1], mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso.» Y cuanto son mayores las dificultades de dicho artificio, tanto con mayor empeño se esforzaban á vencerlas [2]. «¡Qué sabrosa me queda la mano cuando borro algo!» exclamaba con ingenua sencillez el P. Ribadeneira, el cual, así como el ilustre Manzoni consultaba sus dudas sobre la pureza de la lengua toscana con una criada que á propósito se había hecho traer de Florencia, así nuestro escritor ilustre preguntaba á las gentes sencillas sobre las frases y modos de decir castellanos, ateniéndose fácilmente á su consejo. Mas nadie ha puesto más en su punto éste de corregir y limar el estilo y sus ventajas y dificultades como aquel

1 En el *Pasajero*, Alivio II, fol. 48, edición de 1618.

2 Lope de Vega, en la escena III del acto IV de *La Dorotea*, copia los versos siguientes, en los cuales «respondía un poeta á un príncipe que le preguntaba cómo componía,» y que pueden aplicarse lo mismo á la prosa que al verso:

— ¿Cómo compones? — Leyendo,
Y lo que leo imitando,
Y lo que imito escribiendo,
Y lo que escribo borrando,
De lo borrado escogiendo.

divino Fr. Luis de León, el alma tal vez más hermosa que ha atravesado este suelo de España, y en quien se juntó la mayor capacidad de ingenio que hubo en su tiempo, al decir de uno de sus contemporáneos [1], con el sentimiento más vivo de la belleza de la naturaleza y del arte y la facultad de expresarla con la mayor elegancia y galanura. El cual, respondiendo á los que le acusaban de haberse apartado en sus escritos de la llaneza del hablar común, poniendo concierto en sus palabras y escogiéndolas y dándoles su lugar para que resaltase más su natural hermosura, les advierte [2] que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ansí en lo que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con harmonía y dulzura.» Palabras que debieran vivir eternamente en la memoria de cuantos aspiran á la perfección del arte, y á la gloria que se adquiere con el uso propio, correcto y elegante de la lengua castellana.

Emulando esta gloria y grandeza, los buenos escritores de nuestra edad dorada se esmeraron en ilustrar y aderezar nuestra habla con todas las galas y primores de que la consideraban capaz. A este propósito principiaron por el buen escogimiento de las palabras, desechando las que por su mal sonido ó por la bajeza del concepto que envolvían, ó por la aplicación depravada que hacía de ellas el vulgo, podían envilecer ó abatir el estilo, y adoptando las que, siendo de solar noble y conocido, podían ilustrarlo y engrandecerlo. De donde provino el purificarse y aquilatarse y como fundirse de nuevo la lengua castellana, de tal manera, que casi todas las palabras que aquellos escritores reprobaron ó desecharon, han quedado definitivamente desechadas y reprobadas; y casi todas las que usaron ó introdujeron, perseveran hoy

1 El autor del elogio que acompaña al retrato de Fray Luis en el célebre *Libro de retratos* de Pacheco.

2 Al principio del libro III de *Los Nombres de Cristo*.

en el uso común y con la propia significación y forma de entonces, aunque no con igual hermosura y gallardía.

Esta purificación y aquilatación de nuestra lengua era el fundamento sobre que había de sustentarse el adorno conveniente, así como la buena disposición del cuerpo es la condición indispensable para que asienten y resplandezcan en él las preseas con que se quiera engalanarle. Mas purificado y acrisolado ya el tesoro de las palabras y alcanzada con esto la propiedad, pureza y sinceridad del lenguaje, nuestros grandes escritores atendieron á su orden y colocación, fiando en ella la mejor prenda de su hermosura y de su elegancia y gentileza; y en la serie y combinación de los vocablos, en el uso de las partículas, en la aplicación de los epítetos y calificativos, en la trabazón y buena correspondencia de las cláusulas, en la amplitud, variedad y harmonía de los períodos, buscaron el mayor lustre y el más esplendoroso acrecentamiento que puede recibir el estilo. Cuán felizmente lo consiguieron, y en qué alteza de perfección lograron levantar la lengua por estos medios, no hay términos con que declararlo ni encarecerlo. La vivísima fantasía española, inflamada por el amor de la ideal belleza, la traspasó á las palabras con acierto y discreción admirables; y en la claridad y concisión de la frase, en la copia de luces y matices, en la suavidad y dulzura de la oración, en la variedad, belleza y resplandor de los conceptos, hizo alarde de tales riquezas, y de tal manera sacó á luz las fuerzas que en sí encerraba nuestra lengua, y á tal punto de perfección y hermosura la levantó, que parece imposible que la prosa castellana llegue á tener jamás la majestad, belleza y gallardía que alcanzó en aquella edad gloriosísima. Grave, severa, y con una fuerza de elocuencia y persuasión maravillosa en Avila, Granada, Estella, Zárate, y en general en todos los ascéticos; vivacísima y espléndidamente colorida en Fr. Luis de León, Malón de Chaide, Márquez; suavísima y encantadora en Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz, Santa Teresa; briosa y llena de originalidad en Sigüenza, Antonio Pérez, Mariana, Quevedo; correcta y esmerada en La Palma, Martín de Roa y

Bernardino de Villegas; harmoniosa y flexible en Cervantes, Lope de Vega, Espinel y en todos los novelistas, nuestra lengua recorrió toda la escala ó grados de perfección en que puede engrandecerse la palabra humana, y en todos ofreció ejemplos ó dechados que serán eternamente dignos de admiración y estudio.

En tan grande riqueza de luz y en tan bella harmonía de tonos y sonidos hay una nota que sobresale y señorea y da fisonomía ó carácter especial á estos escritores, distinguiéndolos no sólo de los que florecieron en España antes y después de ellos, sino también de todos los que han florecido en los demás pueblos ó naciones de la tierra; y esta nota es la espontaneidad, la franqueza, la sinceridad y viveza del entusiasmo que los anima y penetra. En esto se parece el estilo de nuestros escritores al de los que profesaron en España el arte de la pintura, siendo ciertamente maravilloso el contraste que resulta de comparar á Avila, Granada, Fr. Luis de León, Lope de Vega y Cervantes, con Alonso Cano, Zurbarán, Ribera, Murillo y Velázquez. Todos son bellos y magníficos, pero todos son espontáneos y sinceros; todos son espléndidos y grandiosos, pero todos son naturales y sencillos; antes su mayor belleza y magnificencia y la causa del deleite inextinguible que unos y otros producen en nosotros, consiste en la sinceridad de su inspiración, en el vigor y nerviosidad de su genio, en la gala y brillantez de colorido, con que unos y otros bañan y revisten sus creaciones. Nada más ajeno de nuestros grandes escritores que la afectación y el amaneramiento; nada más extraño que el componer y matizar las palabras para seducir al lector á fin de que, lisonjeado con el ruido de las voces, no pare su atención en la pobreza de las ideas que en ellas andan envueltas. Su grandeza está en su sencillez. Su arte es franco y natural. Dicen lo que sienten, no lo que se imaginan sentir. Buscan su inspiración en sí mismos, en sus pensamientos y afectos, y por esto expresan con viveza y espontaneidad indecibles las ideas que bullen en sus inteligencias, y reflejan y reproducen á maravilla el calor de los sentimientos que los agitan, la vida de la sociedad de que forman parte,

el entusiasmo vivificador que empuja á todos y les inspira ideas grandes y sublimes y empresas y hazañas portentosas.

Y aquí se nos descubre ya la causa principal de la magnificencia de la lengua castellana en el siglo de nuestra grandeza nacional y el origen de la poderosísima vitalidad que en ella se descubre y que contribuyó á su perfección y hermosura más que la claridad del concepto y el aparato y el esplendor de los adornos.

«Estando el Sumo Pontificado en vuestras manos y el Imperio en las mías, decía el César Carlos V al Papa Adriano VI [1], me parece que esto sucede á fin de que hagamos juntos muchas y grandes cosas.» Y cualquiera que fuese el pretexto ó la ocasión de escribirse estas palabras, nunca pudieron decirse con tanta verdad como en aquella época gloriosa, porque jamás han sucedido en el mundo acontecimientos tan grandes como los que entonces se realizaron. Todo en aquella edad maravillosa cambia, todo se adelanta y transforma. Con el descubrimiento de la América y de las Indias complétase la idea del mundo. Nacen las artes ó se renuevan y enaltecen con el conocimiento de la clásica antigüedad. Las lenguas vulgares se pulen y perfeccionan. Fúndanse las ciencias experimentales. Anúnciase el verdadero sistema del universo. Y la expansión que logra el dominio ó señorío de la inteligencia, se refleja en el de la voluntad y en todas las facultades del hombre. Un aliento nuevo, un calor vital, un entusiasmo extraordinario penetra todos los espíritus. Parece que la naturaleza humana entra en vías nuevas y desconocidas, en las cuales sus ideas se ensanchan y engrandecen, sus pasiones se exaltan, toda su actividad se renueva y sublima. Es la era más grande, el florecimiento más espléndido de la vida y del poderío del hombre.

La nación española, gobernada por manos vigorosas, se puso

1 En una carta de 7 de Marzo de 1522 publicada por Lanz en la *Correspondenz des Kaisers Karl* V, según copia existente en los Archivos de Bruselas, t. I, p. 58.

al frente de tan extraordinario movimiento de las almas y lo guió y fomentó, haciéndole producir los más grandiosos resultados. Francia vencida, Italia hecha tributaria, Alemania unida en su suerte con la nuestra por enlaces y casamientos, Inglaterra encerrada en sus límites insulares, el poder de los turcos profundamente quebrantado, unidas en el interior sus provincias, España era la dominadora del mundo. Nada se oponía á sus designios, nada contrastaba sus voluntades. El nombre de España era el más temido y el más respetado en toda la tierra. Precedidos por la fortuna, amparados por los derechos de las dinastías ó por el que lleva consigo la aristocracia del saber y de la virtud, los españoles se derramaban por todas las provincias y reinos de Europa, gobernaban los pueblos, subían á las cátedras de las Universidades, paseaban vencedores por los amenos campos de Nápoles y Lombardía, por las márgenes del Rhin, por las dunas de Flandes, por las llanuras de Francia, y después de alborotar á Europa con el ruido de sus hazañas y de cubrirla con los laureles de sus victorias, recorrían animosos los inmensos continentes de unas y otras Indias, y penetraban por aquellos bosques donde no había resonado aún la voz humana, y subían por aquellos ríos que parecen mares, y todo lo arrollaban hasta plantar sus tiendas en las vertientes esplendorosas del Tolima y del Cotopaxi, y clavar sus triunfadoras banderas sobre los tronos destrozados de Moctezuma y Atahualpa.

Esta grandeza y exaltación de España fué debida, más que á la victoria de sus armas, á la incontrastable actividad que rebosaba entonces en nuestra patria, á la energía soberana de las voluntades y á la fe que movía á los corazones españoles, fe y voluntad que, unidas é identificadas con las de los reyes que los gobernaban, atropellaron todos los obstáculos, vencieron dificultades que parecían insuperables, y levantaron el nombre de España á una cumbre de gloria adonde no ha subido jamás el nombre de nación alguna. Nunca, en verdad, se han visto en el mundo voluntades más enérgicas ni corazones más esforzados que los de los españoles de entonces. Aquellos hombres parecen de distinta naturaleza que la nuestra.

Sus caracteres son más duros que el hierro y más invulnerables que el bronce y el acero. Sus hazañas tienen no sé qué grandeza preternatural, que espanta la imaginación y aterra y subyuga el sentimiento. Nada es capaz de contener el ímpetu de sus corazones. Inflamados por fe y entusiasmo incontrastable, á todo se atreven y abalanzan, todo lo dominan y señorean, atando al carro de sus triunfos hombres y cosas, pueblos, instituciones y costumbres.

Esta grandeza del imperio español, efecto de la energía de las voluntades, reverberó en todo, y en todo dejó impresa la imagen de su actividad y poderío, pero muy señaladamente en el lenguaje y en el estilo y en las formas expresivas del pensamiento. Las palabras son reflejo de las ideas, y éstas de la naturaleza del ánimo que las concibe. Quien nació con espíritu noble y generoso y se alimenta de sentimientos levantados, ya sabrá, cuando venga la ocasión, expresarlos con majestad y hermosura; y al contrario, quien posee alma vil y miserable, no dejará de descubrirla en su lenguaje pobre, mezquino y abatido. «La sublimidad de los pensamientos, decía un crítico de la antigüedad [1], es imagen de la grandeza del alma. Si el orador es de espíritu vil y bajo, ¿cómo ha de producir nada digno de la posteridad? Solamente los grandes hombres dicen las grandes cosas.»

Porque España fué grande y se inspiró en ideas nobles, producidoras de hechos sublimes y hazañosos, por esto su lengua fué grande también y llena de dignidad y hermosura, no de hermosura muelle y afeminada, sino grave, severa y varonil, cual convenía á la que se había formado en aquellos pechos robustísimos y á la que era eco de aquellas almas indomables que habían vencido y avasallado el mundo. Es común en los libros de entonces, en especial los extranjeros, hablarse de la pompa y arrogancia de la lengua castellana, y nada más cierto que esto. La soberanía del poder, y la conciencia de la propia grandeza, y la alteza y virilidad de los pensamientos que animaban á los españoles de nuestra edad de oro, hubieron de

1 Dionisio Longino en su tratado sobre *Lo sublime*, n. IX.

quedar estampadas en su lenguaje, como lo quedaron en las fisonomías de sus rostros, los cuales, según los vemos hoy en los retratos que de aquellos tiempos se conservan, nos dicen á voces haber sido animados por espíritus vigorosos y nobilísimos.

Habiendo la energía de las ideas y el entusiasmo de los corazones avivado extraordinariamente sus ingenios, su lenguaje participó necesariamente de esta vitalidad, y en las palabras magníficas y numerosas, en la viveza de las figuras y en la variedad, soltura y bizarría de las frases reprodujo toda la grandeza y generoso empuje de sus almas. De esta manera la alteza del pensamiento engendró la alteza del estilo; el señorío y la exención de sus voluntades se traspasaron á su dicción, y la fuerza indomable de sus espíritus, derramando sobre el lenguaje la majestuosa corriente de su vida, lo levantó á su mayor grado de vigor y gallardía, haciendo que las palabras fuesen esclavas de las ideas, no las ideas de las palabras, y que los adornos de la oración sirviesen para realzar, no la elocuencia de las frases, sino la realidad y la elocuencia de las cosas. Así resultó aquel estilo admirable, rudo á veces, pero siempre enérgico y elocuente: brusco y mal limado quizás, pero sincero y veracísimo; estilo lleno de brío y pujanza, de entre cuyas frases surgen las ideas con toda su pureza y claridad, con todas las iluminaciones del genio, con las infinitas emociones del sentimiento, con las ardorosas palpitaciones de la pasión con que sus corazones se exaltan y engrandecen.

De donde provino también el carácter de especialidad ó individualidad literaria que se advierte en los escritores de aquel tiempo, tan notable y singular, que no hay dos cuyo estilo pueda confundirse. Todos hablan una misma lengua, grave, majestuosa y enérgica, pero cada cual le da su entonación peculiar y característica. Cada cual tiene su fisonomía propia é inalterable. Nadie copia ni imita á nadie. Todos son originales á su manera; y la causa de esto es porque extraordinariamente conmovida y exaltada su naturaleza en lo más profundo y peculiar que hay en cada uno de ellos, buscan su inspiración en sí mismos y todos la encuentran

vigorosa, abundante y maravillosamente creadora en la actividad de sus ingenios, en la fuerza de sus convicciones, en el señorío de su voluntad, principio de la personalidad y originalidad literaria.

Y otra cosa se advierte, además, extraña y singularísima á primera vista, pero que nace de la misma causa y está fundada en la misma ley que gobierna y determina la manera de obrar de nuestra alma en lo que se refiere á la expresión de sus ideas y sentimientos, es á saber, que todos ó casi todos los escritores de aquella edad, y señaladamente aquellos cuyo estilo más nos deleita y admira, son, no literatos de oficio que vivieron entre libros y mamotretos, sino hombres muy experimentados en las realidades del mundo, curtidos al sol, y que más que con el polvo de las Academias se honraron con el polvo gloriosísimo que se pega á los cuerpos en el recio combatir de la vida. Así, Garcilaso compone sus églogas dulcísimas entre el ruido de las campañas de Italia, Africa y Provenza; Hurtado de Mendoza escribe versos y diálogos literarios á vueltas de notas y negociaciones diplomáticas; Ercilla redacta la *Araucana* lleno aún del sudor del combate en que ha tomado parte y que va á describir; Lope de Vega pasa su vida agitadísima en viajes, contiendas y aventuras, siempre luchando y siempre escribiendo; Cervantes, paje en Italia, soldado en Lepanto, cautivo en Argel, alcabalero en España y siempre pobre, roto y deslucido, alterna sus penas y amarguras con versos y novelas, y fantasea su fábula inmortal de *El Ingenioso Hidalgo* «en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación [1].» Y por estos patrones están cortados Quevedo, Alarcón, Aldana, Hernández de Andrade, Gutierre de Cetina y otros mil. Y aun los que como Avila, Granada, Mariana, Ribadeneira, por razón de su profesión y estado, hubieron de llevar una vida más pacífica y tranquila, no pudieron sustraerse á la actividad incomparable que agitaba entonces á la nación entera, pasando por vicisitudes muy diversas, peregrinando por provincias

1 Prólogo á la parte primera de *El Ingenioso Hidalgo*.

y reinos extraños y tomando parte en los públicos acontecimientos.

Esta experiencia de la vida y el uso y conversación con los hombres y el contacto inmediato con la naturaleza, comunicaron al estilo y á la lengua de nuestros escritores una vivacidad y un realce prodigioso. El espectáculo variadísimo de los objetos que de continuo pasaban ante su vista, los sucesos extraordinarios á que asistían, el visitar regiones nuevas y desconocidas, la diferencia del paisaje y la variedad de los fenómenos que les ofrecía el maravilloso campo de la naturaleza, hubieron de excitar su fantasía y enardecer su entusiasmo. La familiaridad con los trabajos y peligros prestó firmeza y solidez á sus convicciones; la experiencia de las grandezas y vanidades humanas robusteció sus sentimientos; el generoso entusiasmo por la gloria de la nación, que al impulso de todos se agrandaba y enaltecía, engrandeció sus ideas y avigoró maravillosamente sus espíritus. Mucho pudieron aprender de los libros, pero más en la escuela práctica de la vida y en la realidad de los acontecimientos, resultando de este aprendizaje una riqueza indecible en la lengua que usaron, en la variedad de las frases y formas de decir, en la elocuencia de las dicciones, esforzándose por igualar la grandeza de las ideas y la vehemencia de los afectos que conmovían sus almas.

De Racine se dice que le bastaron mil doscientas palabras para escribir todos sus dramas. De seguro no puede afirmarse cosa semejante de ninguno de los autores dramáticos españoles. Su lengua es más copiosa, su diccionario más rico, más variado y abundante. Espaciándose libremente por todos los campos abiertos á la investigación humana, reciben mayor número de impresiones de los objetos á que tiende su vista. Penetrando en el laberinto del corazón del hombre, conocen sus senos y escondrijos, sus entradas y salidas y la infinita variedad de sus embates y maquinaciones; y como todo lo pintan y ponen delante de los ojos, como á cada cosa dan su voz y á cada diferencia de matiz su diferencia de tinte y de colorido, el calor, la acción, la vida de las pasiones y sentimientos que describen, discurren vigorosísimas en su lenguaje

y le comunican una riqueza y variedad incomparables. Si no les bastan las voces conocidas, las inventan nuevas. Su genio, excitado por la experiencia, hácese de continuo creador. Al toque de la mágica varilla brotan frases y modos de decir originalísimos, expresiones vivaces é idiomáticas, figuras galanas y bizarras, pregoneras de la opulencia de ideas y sentimientos de que rebosan las almas. Y esto no es propio de unos pocos escritores de aquella edad, sino de todos, pues no hay uno siquiera, aun de los más oscuros, donde no se sorprendan á cada paso frases admirables por su novedad y valentía, menoscabándose esta riqueza según nos alejamos de aquel período gloriosísimo [1].

Tan grande exuberancia de vida como lozaneaba en la lengua castellana era argumento de haber llegado ésta al punto ó colmo de perfección, que, asemejándolo á los seres vivos, pudiera ser llamado la madurez ó desarrollo completo de su organismo. Tienen en efecto las lenguas su infancia, su crecimiento y edad madura no menos que su vejez y decrepitud; y esta diferencia de edad se manifiesta en el grado de energía con que se desenvuelven en ellas los gérmenes de sus vidas, y en la fuerza con que se oponen á los elementos extraños que atentan á su destrucción y á su muerte. Mientras están en el período de la niñez y su organismo no ha logrado todavía el desarrollo ó crecimiento á que va encaminado, aunque las formas radicales estén completas, es muy escaso el número de las derivadas, en especial, aquellas cuya formación supone mayor cultura y adelanto de la inteligencia; la sintaxis, además, flota vaga é indecisa, la expresión está falta de color y toda la vida es raquítica y miserable y expuesta á estragarse fácilmente al contacto de otras lenguas más vigorosas. Mas llegado el punto de su madurez y florecimiento, todas las formas propias y legítimas gozan ya de su desarrollo natural, la construcción campea gallarda y vigorosa, la frase es brillante

1 Llegó esto á tal extremo, que en el último tercio del siglo pasado D. Antonio Capmany pudo decir en su *Filosofía de la elocuencia*, parte 1.ª, art. III: « La mitad de la lengua castellana está enterrada; pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces, hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. »

y colorida, y toda la vida tan pujante y lozana, que no sólo se conserva pura y hermosa á través de todos los obstáculos, sino que acrecienta su vitalidad aun con aquello mismo que intentaba menoscabársela. Tal sucedió con nuestra lengua en el siglo de nuestra mayor grandeza. Llena de vigor y de vida, levantó á su mayor desenvolvimiento y plenitud las formas cuyos gérmenes habían ido brotando en las edades anteriores; acrecentó el número de las derivadas, sobre todo las expresivas de conceptos ó ideas abstractas; dió suma variedad y gracia á los modos de decir, á las expresiones proverbiales y á los giros agudos y sentenciosos; redondeó la cláusula, comunicándole admirable resonancia y harmonía; prestó originalidad asombrosa á todos sus escritores, y se afirmó, en fin, y se robusteció de tal manera en lo que constituía la íntima virtualidad de su sér, que nunca la lengua castellana ha sido más enérgica que entonces, nunca más propia y original, nunca más vigorosa é independiente.

No hay duda que la hermosura de esta lengua y su riqueza y opulencia de formas, y la extremada elegancia de luz y de primores y delicadezas de estilo eran títulos bastantes para que, no conteniéndose en los límites en que naturalmente estaba circunscrita, saliese á peregrinar por el mundo y á solicitar la afición y el estudio de todas las gentes instruídas de Europa; pero al subir al carro de los triunfos de España y al coronar sus gloriosos trofeos, aquellos títulos fueron rubricados por la victoria, y la que era lengua particular de una parte no más de nuestra península, quedó convertida en lengua cortesana, aristocrática y universal.

Conocidas son las palabras de uno de los interlocutores en el *Diálogo de la lengua* escrito por los años de 1540, donde dice que «ya en Italia, así entre damas como caballeros, se tenía por gentileza y galanía saber hablar castellano.» Es notorio además que en Roma y en París había por aquel tiempo estudios públicos donde se enseñaba la lengua española, y que, como ahora tenemos ayos que enseñan á los niños el inglés ó el francés, así los nobles de entonces tenían en sus casas ayos españoles que enseñaban á sus hijos el uso de nuestra

lengua [1]. Era la lengua española la más común y la más extendida por Europa. En español se hablaba lo mismo en las márgenes del Tíber que en las del Sena y del Danubio; lo mismo en las alegres calles de Nápoles y de Milán que en las brumosas de Gante y de Bruselas. Donde quiera que se ideaban empresas grandes y hazañosas, allí vibraban dominadores los acentos españoles. En español se habían dado los gritos con que los compañeros de Cristóbal Colón saludaron la isla de Guanahaní al divisarla desde las famosas carabelas. En español se hizo aquel reto, para siempre memorable, con que el intrépido Núñez de Balboa, marchando por entre las ondas, en una mano la espada y en otra la bandera de Castilla, tomó posesión del mar del Sur en nombre de los Reyes de España, jurando morir por defendérselo contra todos los reyes y príncipes del mundo. Españoles eran los ecos que resonaban en las lagunas de Anáhuac al ser atravesadas por Hernán Cortés y su ejército invencible. Españolas las primeras voces que repercutieron en las cumbres alterosas de los Andes, en las márgenes de Las Amazonas, del Magdalena y del Orinoco, en las selvas vírgenes de la Florida y de la California. Española la lengua que rodeó por primera vez el cerco de la tierra, envolviéndola en la majestad de sus sonidos. Española la predicación del Evangelio llevada por todo el mundo por nuestros frailes y misioneros, siempre luminosa y civilizadora, sobreponiéndose al estruendo de los combates, teniendo á raya los instintos de la codicia y la crueldad de la barbarie, y proclamando á boca llena los derechos de Dios, la hermandad de todos los hombres, el respeto á los débiles, los fueros de la virtud y de la conciencia.

Al resonar la lengua española por tantas y tan diversas regiones, resonó con la dignidad y señorío que convenían á la que era reina y dominadora del mundo. *Incessu patuit Dea.* En tanta

1 Así lo atestigua el Maestro Ximenez Patón en el prólogo á su *Elocuencia española en arte,* impresa en Toledo el año de 1604; alegando la suma del privilegio concedido en París el año de 1555 á Bartolomé Gravio para poder imprimir, entre otros libros que se leían en las escuelas, un arte para enseñar la lengua española, y copiando los testimonios del editor francés de este arte para demostrar la necesidad que generalmente había entonces de aprender nuestra lengua.

variedad de gentes y en tan grande confusión de hablas é idiomas, sus sonidos, no sólo no se perdieron, sino que vibraron con más fuerza y se propagaron con más bella y más grandiosa resonancia. Su dignidad y hermosura, lejos de estragarse con tanta diferencia de voces, se acrecentaron maravillosamente, levantando los quilates de su pureza y dilatando inmensamente los términos de su imperio. Enriquecióse su diccionario tomando cantidad de voces extranjeras, pero acomodándolas á su índole peculiar, y vivificándolas con su virtud. Su sintaxis, parte la más rica y esencial del lenguaje, se afirmó y robusteció, adquiriendo al propio tiempo mayor flexibilidad y más graciosa lozanía. Las frases ó modos de decir ganaron en variedad y galanura, pero permaneciendo siempre fieles al genio nacional. El habla, en fin, considerada en todos sus elementos, se ilustró y enriqueció prodigiosamente, pero perseverando siempre pura, siempre castiza, siempre española [1]. Así, en verdad, había de ser. La pujanza de vida que animaba á la lengua española, era efecto y trasunto de la vitalidad extraordinaria que agitaba á nuestra nación; y como esta vitalidad era propia, no prestada ni ficticia, propia y espontánea y eficacísima había de ser también la vida de nuestra lengua; como la grandeza de España era el desenvolvimiento natural de su espíritu, de las cualidades que constituyen su sér, de lo más íntimo y esencial que hay en su naturaleza, así la perfección de nuestra lengua era la perfección y el colmo de todas las excelencias que adornaban el genio de nuestra nación y la revelación más espléndida de estas excelencias; en fin, como la nación española nunca ha sido tan verdaderamente española como en aquella edad, para siempre gloriosísima, así nuestra lengua nunca ha sido más pura, más legítima y sinceramente española que entonces.

Y este es el timbre y el blasón más glorioso de los escritores de aquel tiempo; esto es lo que los levanta sobre los escritores

1 Mateo Alemán, en el fol. 36 (vuelto) de su curioso y rarísimo libro *Ortografía castellana*, impreso en Méjico en 1609, al hablar de la facilidad con que nuestra lengua tomaba de las extranjeras palabras y dicciones, convirtiéndolas, como él dice, en *frasis castellano*, la compara al «mayo de Portugal, que lo cargaron de joyas y se alzó con todas.»

españoles de todos los tiempos y edades; este es el fundamento y la razón de la especie de culto que les rendimos, que los realza y engrandece maravillosamente á nuestros ojos y les asegura gloriosa inmortalidad y veneración y renombre perdurables. Habiendo empleado para la declaración de sus ideas las galas más resplandecientes de la lengua castellana cuando brillaba ésta en el colmo de su perfección y hermosura, son para todos cuantos hablamos esta lengua magnífica los guías y maestros del buen estilo, nuestros modelos, nuestros *clásicos*, y no ya por la pompa de su lenguaje, ni por la lozanía de su imaginación, ni por la hermosura de sus frases, aunque en esto sean admirables, cuanto porque ellos, más que otros algunos, representan la expresión más apropiada de nuestro genio artístico y literario, porque en sus escritos vive y florece lo más íntimo y sustancial, lo más sano y brioso que hay en la vida de nuestra nación, porque ellos, en fin, fueron propia y genuinamente españoles. Prez la más alta de nuestra gente, personificación de su espíritu y símbolo de las más brillantes cualidades del ingenio español, resplandecen en las regiones más elevadas del pensamiento y participan de la inmortalidad que está vinculada á todas las glorias y grandezas del alma. Así perecerán ó han perecido ya muchos libros de otros siglos y de otras edades; pero los libros de aquella edad venturosa vivirán eternamente. La materia ó asunto que en ellos se trata podrá ser de poca ó ninguna importancia; pero el lenguaje y el estilo serán siempre merecedores de atención y estudio. Variará el gusto en su parte accidental ó pasajera; pero el espíritu de vida que discurre por las páginas de aquellos libros será inmortal; y mientras exista la nación española, mientras vibren en labios humanos los grandiosos acentos del habla de Castilla, mientras haya en el mundo un alma sensible á los atractivos del arte y de la hermosura, los nombres de aquellos escritores ilustres serán citados con la más viva admiración y aplauso, y volarán de boca en boca, irradiando por los espacios de la tierra una claridad inextinguible, enardeciendo los corazones con los transportes del entusiasmo y dando al sagrado nombre de

España una especie de resonancia augusta que vencerá los estragos y las ruinas del tiempo, y flotará sobre los estruendos de las revoluciones y naufragios, y levantará los timbres literarios de nuestra patria á las esferas más sublimes de la inmortalidad y de la gloria.

¡Granada, León, Lope de Vega, Cervantes! ¡Qué mágico prestigio traen consigo estos nombres! ¡Cuán regaladamente suenan en el oído! ¡Cómo dilatan el pecho y recrean é iluminan el alma, revelándole los divinos misterios del arte y descubriéndole los ocultos mineros de donde fluye y se derrama por el lenguaje cuanto hay en él de noble, espléndido y engrandecedor! El que desama ó menosprecia estos autores y cuantos florecieron en la edad que fué ennoblecida con las producciones de sus ingenios, renuncie á conocer la grandeza y hermosura del habla castellana; desconfíe de llegar á la perfección en el arte de hablar y de escribir; desespere de alcanzar jamás la palma de la perfecta elocuencia. El que aspira á la gloria del arte y del estilo, tenga sus ojos fijos de continuo en estos escritores soberanos; consúltelos en sus dudas; imítelos y tómelos por ejemplares, seguro de haber escogido los mejores consejeros y adalides en la noble empresa de estudiar, pulir y esclarecer nuestra lengua. En unos conocerá la pureza y propiedad de las palabras; en otros, la gallardía y elegancia de la frase; en éste, la redondez y harmonía del período; en aquél, la nobleza y majestad de la verdadera elocuencia; en todos, la grandeza y la sinceridad de la inspiración, la alteza de los conceptos, su amor á la verdad, madre de la que llama Quintiliano *santidad* del estilo. Estudiándolos, aprenderemos á conocer y estimar los tesoros y las perfecciones de nuestro idioma; nos alimentaremos de las ideas y de los sentimientos que vivificaron aquellos espíritus sublimes; nos acostumbraremos á pensar como ellos, para poder escribir y hablar como ellos; y participando del principio de vida que palpita en sus escritos, participaremos también de la vida misma que anima y vivifica la esencia de la nación española.

Quien no ama á su lengua no ama á su patria. Quien la

cultiva y estudia, al par que cultiva y enriquece su ingenio, adorna y embellece lo más grande que hay en una nación, el trasunto de su vida, el símbolo de su historia y de sus tradiciones. Amemos y cultivemos nuestra lengua, honrémosla y engrandezcámosla, que, al honrarla y engrandecerla, honramos á nuestra antigua, noble y grande España.

DISCURSO

DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Señores:

No se han cumplido aún dos años desde que descendió á la tumba uno de los más gloriosos ornamentos de esta Academia, uno de los mayores poetas dramáticos que nuestro siglo ha producido. Alejado de nuestras juntas por sus achaques habituales, algunos de sus compañeros ni aun llegamos á conocerle; pero su nombre era nuestra gloria, su espíritu habitaba en este recinto, y parecía que su mismo apartamiento de todas las discusiones y luchas de nuestra literatura actual le daba ya en vida la aureola de los inmortales. Él era uno de los pocos sobrevivientes del gran período romántico, y su nombre sonaba en los oídos de la juventud de nuestros tiempos como el nombre de Lope ó el nombre de Calderón. Vivo aun, había pasado á la categoría de los clásicos. Sus versos habían sido de los primeros que halagaron nuestros oídos en la infancia, y persistían en nuestra memoria con la tenacidad de las primeras y más frescas y duraderas emociones. Si cabe todavía ser poeta popular en épocas de crítica, de análisis y de reflexión como la presente, no hay duda que García Gutiérrez lo fué en el grado y forma que los tiempos consienten. Otros poetas han alcanzado esa gloria interpretando de nuevo viejas leyendas, trabajando sobre un pasado poético ya conocido, sacando del tesoro inexhausto de la tradición asuntos que vestir con nuevas galas, remozando, en suma, la materia

artística ya elaborada por la fantasía del pueblo. Pero García Gutiérrez hizo y consiguió más: inventó leyendas y alcanzó que los protagonistas de ellas viviesen con vida propia al lado de los héroes de las gestas épicas ya consagrados y ungidos por la tradición, y logró que el pueblo castellano se encariñase con esos héroes cuya genealogía no arrancaba más allá que de la mente del poeta, y los recibiese por suyos y les diese carta de ciudadanía en el sublime coro donde están *La Estrella de Sevilla, García del Castañar* y *Los Amantes de Teruel*.

Fué concedido, por tanto, á García Gutiérrez el dón y privilegio rarísimo, no sólo de haber dado expresión harmoniosa y perenne á ciertos afectos eternamente humanos y de carácter universal, sobre todo á aquellos de índole más suave, virginal y casta, que nacen por virtud espontánea en la primavera del espíritu, sino también el de haberse identificado de tal modo con el alma de su gente y de su raza, que lo que él añadió al archivo de las invenciones poéticas de ella, quedó indisolublemente unido con lo antiguo por un lazo tan estrecho, que cuando se pasa de las obras de los últimos discípulos de Calderón á las suyas, nadie podría imaginar que entre unas y otras ha habido solución de continuidad no menos que de un siglo; sino que, salva la mayor perfección de la forma y la ausencia de extravagancias, el teatro de García Gutiérrez, en lo que tiene de más propio y característico, no parece sino prolongación de nuestra antigua y gloriosa escuela dramática, depurada por el progreso de los tiempos de las escorias con que andaba revuelto el oro en aquellas opulentas minas de donde se sacó riqueza bastante para abastecer todos los teatros del mundo moderno, y eso que aun yace soterrada y lejos de las miradas del vulgo una parte inmensa de aquel tesoro.

No quiero decir con esto que García Gutiérrez negase su atención y su estudio á otras formas de arte distintas de nuestro teatro clásico, y desarrolladas en otras naciones, de donde hemos tomado luz y ejemplo, así en el siglo XVIII como en el presente. Por el contrario, una de las obras de García Gutiérrez más perfectas y maduras, tan perfecta que casi conquista

nombre y fueros de obra original, es un arreglo ó una imitación de la *Emilia Galotti*, de Lessing. Ni he de ocultar, por otra parte, puesto que sería dejar en la sombra uno de los méritos más insignes del gran poeta á quien lloramos, que hay en algunos rasgos dramáticos suyos, v. gr., en *Juan Lorenzo*, y quizá todavía más en *Simón Bocanegra*, tal poder de análisis y de escudriñamiento de los ocultos móviles de las acciones humanas, tal *introspección* ó vista interna de caracteres y de pasiones, tal profundidad de inspiración, en suma, que recuerda más bien á Schiller y á Shakespeare, que á los nuestros, más hábiles en reproducir con brillantez, pompa y fuego el espectáculo de lo que hiere y deslumbra los ojos, que en andar como exploradores por estos laberintos de la conciencia. Hay, pues, en las mejores, si no en las más populares obras de García Gutiérrez, una mezcla singular de romanticismo castizo y de romanticismo exótico, pero sobreponiéndose en toda ocasión el primero, con sus tendencias épicas, con su amor á la acción tumultuosa, con sus bizarrías, desmanes y bravezas, con su inundación de conceptos líricos, con sus novelas de noche de estío alegrada por músicas y requiebros. Pudo sin duda García Gutiérrez, en versos que no han de morir, dar voz y aliento á espíritus tan complejos como el del ambicioso, devorado de tedio, desfalleciendo bajo el peso de sus propios deseos y codicias ampliamente satisfechos, y volviendo con melancolía los ojos al mar, teatro de sus hazañas de corsario; ó aquel otro, todavía de más profunda y difícil observación y estudio, el del revolucionario de buena fe, á quien abate, y rinde, y postra, y finalmente mata de dolor y de vergüenza el espectáculo de la misma revolución que él ha desencadenado. Pero el instinto de nuestro pueblo no se ha ido tras de estas maravillosas psicologías, y en la obra múltiple de García Gutiérrez ha elegido un drama y un nombre para convertirlos en símbolo. Por mucho que nos empeñemos los críticos, García Gutiérrez es y será siempre, para el mayor número de los españoles, el poeta de *El Trovador*. ¿Y por qué esta preferencia, señores, infundada á no dudarlo si estimamos las obras meramente con el criterio estético, sino porque

El Trovador es, entre nosotros, la última transformación y la última palabra del antiguo drama caballeresco, la última comedia de *capa y espada*, la obra más española de García Gutiérrez? Siempre se oculta una gran verdad en el fondo de los juicios del vulgo, inexplicables para quien no vea en los dramas otra cosa que un conjunto de líneas bien ó mal rimadas, y de situaciones más ó menos diestramente enlazadas, conforme á los principios de una cierta mecánica teatral.

¡Contraste singular, señores, pero no ciertamente único en los anales de nuestra Academia, el que presentan el Académico muerto y el que hoy viene á ocupar su sitial! El uno poeta dramático y profano, aunque de inspiración cristiana y espiritualista; el otro sacerdote y teólogo, afiliado en la austera milicia de San Ignacio. El uno poeta popular, todo espontaneidad y todo brío, de cortos estudios pero de imaginación potentísima: el otro prosista castizo hasta la exageración, si exageración cabe en esto; espíritu paciente y laborioso, docto en muchas ciencias, conocedor de muchas lenguas y literaturas, educado en la más severa disciplina intelectual, en el taller de la lógica, en el gimnasio de la sagrada Teología, en la arena y en el polvo de la controversia dogmática. Uno y otro maestros de lengua, cada cual á su modo, pero García Gutiérrez por instinto, por casualidad, porque había mamado con la leche la pureza del habla, y el P. Mir, al contrario, por afán indeficiente, por estudio y lectura de muchos años, por aquellos procedimientos, en suma, mediante los cuales llegan á domarse las asperezas y rebeldías de una lengua extraña, puesto que no fueron los acentos de la de Cervantes los primeros que resonaron en los oídos de nuestro nuevo compañero, como él mismo lo declara al principio de su espléndido discurso. Y en verdad que no puede presentarse prueba más elocuente que el discurso mismo que acabamos de oir, de lo que logran la perseverancia y el bien encaminado esfuerzo en la lucha titánica con el material artístico más rebelde, puesto que entre los muchos autores de raza y lengua catalana que han escrito en castellano, no recuerdo uno solo que pueda compararse con el P. Mir ni en la abundancia, ni en la fluidez,

ni en el número, ni en la franqueza y señorío con que dispone del habla ajena como de cosa propia y nativa.

Materia es, repito, de no pequeño asombro y maravilla, que al P. Miguel Mir, nacido en la isla de Mallorca y educado en Inglaterra, podamos contarle hoy en el número limitadísimo de los cultivadores de la buena prosa castellana. Las primeras palabras que balbució su labio fueron palabras de aquella otra lengua heroica trasladada por los conquistadores catalanes á Mallorca y á Valencia; lengua que antes que otra alguna de las neo-latinas sirvió de intérprete al pensamiento filosófico por boca del Dr. Iluminado: lengua que suena quizá más viva, pintoresca y galana que en parte alguna, en aquellos huertos de las Hespérides, que el Mediterráneo circunda, y entre aquellas peñas de la *Isla Dorada,* que la piedad de sus hijos designa con el cariñoso nombre de la *Roqueta.* Desde la fundación de esta Real Academia, ni un solo balear había tomado asiento entre nosotros. Desde 1767 , fecha de una célebre pragmática de Carlos III, tampoco aparece escrito en nuestro catálogo el nombre de un solo sacerdote de la Compañía de Jesús. En el P. Mir concurren ambas calidades.

Felicitémonos, señores, de esta novedad doble, que es indicio manifiesto de cuánto supera nuestra época á las anteriores en amplitud de criterio y de gusto. Felicitémonos de que todas las regiones de la tierra española tengan su representación en este Senado de la lengua patria. Y ya que la intolerancia de nuestros mayores nos privó de la inmensa gloria que sobre esta Academia hubieran arrojado nombres como el de Hervás y Panduro, padre de la filología comparada, ó el de Juan Andrés, padre de la historia literaria, ó el de Arteaga, uno de los organizadores de la estética, ó el de Aponte el helenista, ó el de Pla el provenzalista, ó el de Eximeno, ó el de Masdeu, ó el de Alegre, congratulémonos de ver llegar hoy á un hermano de hábito de esos egregios varones, trayendo en la diestra el hermoso libro de la *Harmonía entre la ciencia y la fe*, título que parece nacido para la solemnidad y ocasión presente, que es solemnidad de concordia y alianza entre lo profano y lo sagrado, entre la religión y las letras, entre el genio

del teatro que se levanta sobre el sepulcro de García Gutiérrez, y el genio severísimo de la filosofía cristiana, que alumbraba las vigilias de Vázquez y de Suárez, y alumbra hoy las del P. Mir.

Porque mucho se engañaría quien sólo esperase encontrar primores de lengua en la obra magistral de nuestro compañero. No es espíritu el del P. Mir que se contente con el vano arreo de las flores retóricas, ni era posible que al tomar la pluma sobre las más altas cuestiones que pueden ejercitar el entendimiento humano, fuera á caer en la tentación de hacer pueril alarde de palabras, cuando toda la disputa era de cosas. Sabía el P. Mir que, según la docta sentencia de nuestro antiguo humanista Hernán Pérez de Oliva, «conviene mucho enseñar lo bueno con dulzura de bien decir,» y por eso llamó en ayuda de su tesis todos los recursos de una elocuencia que, sin dejar de ser didáctica, es siempre animada y viva, como si el autor se hubiese propuesto á un tiempo persuadir el corazón y vencer y aprisionar la inteligencia. Educado el gusto y el oído de nuestro moderno apologista con el suave y abundante raudal de nuestros ascéticos de la edad de oro, de los cuales ha reimpreso muchas obras con prólogos que en nada disuenan del contexto de los libros, no puede escribir página alguna que no manifieste la purísima calidad del jugo con que ha nutrido su organismo literario. No propende jamás á la frase cortada y sentenciosa de nuestros políticos y moralistas del siglo XVII, tales como Quevedo y Saavedra Fajardo, ni menos á esa manera de decir brillante y nerviosa á las veces, que en grandes escritores de nuestros días (en Donoso Cortés, por ejemplo) delata á cien leguas la continua lectura francesa. La forma predilecta del P. Mir es aquel período rotundo y lleno, grave y majestuoso, de ritmo un tanto semejante al de la poesía, de solemne andar, y de pliegues amplios y rozagantes como los de una toga romana: período clásico y latino por excelencia, que de los labios de Marco Tulio pasó con mayor fuego y no menor grandilocuencia á los de Fr. Luis de Granada.

¿Y dónde, señores, podría emplearse con igual majestad y esplendor esta prosa oratoria, grande y numerosa, trasunto

vivo de la serena grandeza intelectual, iluminada por el puro y eterno fulgor de las ideas madres, como en el asunto que el P. Mir eligió para su libro? No se trataba, no, cual en otros que llevan título semejante y que, á su manera, y por otro camino han hecho á sus autores beneméritos de la causa católica, de lanzar nuevo combustible á la polémica diaria, de repeler el hierro con el hierro, de contestar á las acusaciones cien veces refutadas, de algún oscuro sofista alemán ó norteamericano. Más alto era el propósito del P. Mir, como era más alto también el de un insigne pensador catalán, Comellas y Cluet, dechado de modestia y de honradez científica, que acaba de descender al sepulcro, enteramente ignorado de sus compatriotas, pero dejando, á modo de testamento filosófico, dos libros que ponen su nombre muy cerca del de Balmes.

¿Cómo resolver de plano la antinomia pendiente entre la fe y la ciencia, temerosa esfinge que se levanta hoy ante los ojos de todo pensador, acibarando en unos los más limpios deleites del espíritu, engendrando en otros insensatas rebeldías, y apartando á casi todos de la contemplación desinteresada y pura que la ciencia exige como primera, indispensable condición en el que quiere de veras ser iniciado en sus misterios, lejos del bárbaro tumulto que levantan los esclavos de la opinión y de la pasión, absortos siempre en lo relativo, en lo pasajero y en lo mudable, incapaces de concebir las cosas bajo razón ó especie de eternidad? No ciertamente con voces de detracción y de odio, no con roncas maldiciones contra la fe que no se tiene ó contra la ciencia que no se comprende; no tampoco con la crítica parcial, sistemática y menuda, donde se puede ser alternativamente vencedor y vencido, sin que quede en definitiva el campo por nadie, sin que la verdad padezca por la torpeza de sus defensores, ni aprovechen al error los aciertos de los suyos. Más altas raíces tiene el mal, y ni dificultades cosmogónicas, ni dificultades históricas, ni dificultades lingüísticas bastarán, tomadas aisladamente, para detener ni hacer vacilar al que con los ojos fijos en las cumbres de la Metafísica, haya comenzado por formarse un concepto claro y adecuado de lo que la ciencia es y de las condiciones que reclama

el conocimiento científico, de lo que la ciencia vale en el entendimiento y de lo que vale en el objeto; del carácter relativo, limitado y deficiente con que levanta sus más audaces construcciones la razón humana; del muro infranqueable tras del cual se dilata la vasta y desolada región no ya de lo incógnito, sino de lo eternamente *incognoscible*. Y reconocida y confesada esta *relatividad* del conocimiento, y reconocida y confesada también, de otra parte, el hambre y la sed de lo absoluto y de lo ideal que aquejan á toda alma venida á este mundo, aspiración que no se aquieta con los áridos conceptos de ley, de noción, de fuerza, de materia, de evolución, de idea, ¿cómo no reconocer y abrazar con entrañas de regocijo aquella más sublime Metafísica, aquella lumbre del rostro del Señor que está signada sobre nosotros, hasta cuando nosotros queremos arrancar torpemente la impresión y el sello? ¡Ah, señores! El alma es naturalmente cristiana, como el alma es naturalmente metafísica. Tal es la grande, la profundísima lección que resulta de los primeros capítulos de la *Harmonía entre la ciencia y la fe*.

Nada más lejos de su espíritu que el repugnante error tradicionalista que mueve guerra impía á la razón en nombre de la fe. Para nuestro apologista, como para todos los verdaderos representantes de la ciencia cristiana, la fe es luz superior que derramada sobre la obra humana de la ciencia, completa lo deficiente, aclara lo oscuro, y es criterio y norma de verdad para los principios de un orden superior, que por sus propias fuerzas no podría alcanzar el entendimiento. De esta manera, el orden sobrenatural influye en el natural, y le realza, y le inunda con sus resplandores, y se abrazan los dos estrecha y amorosamente en el plan divino. Si Dios puso en el alma la luz del entendimiento, y le dió inclinación nativa para conocer y amar la verdad, y no para abrazar el absurdo, ¿cómo no ha de tender la razón á su perfección y término, aun después de oscurecida y degradada por las nieblas del pecado original, cuanto más después de regenerada é iluminada por el beneficio de Cristo?

Así concibe nuestro compañero la harmonía entre la fe y la ciencia, sin aniquilar ninguno de los dos términos, sin absor-

ber tampoco el uno en el otro, manteniéndolos en su integridad y pureza, tan lejano del racionalismo dogmatizante que convierte en absolutos los dictámenes de una potencia tan relativa y tan flaca, como del fanatismo autoritario que toma la estrechez del entendimiento en quien se alberga, por norma y criterio de lo que es de suyo tan amplio que no cabe en los cielos ni en la tierra, como que lleva estampado entre sus notas características el signo de la *universalidad*.

Por eso al P. Mir no le aterra nada: ni las audaces hipótesis evolucionistas, ni las que pretenden explicar por otro camino el origen de la vida en el mundo. El sabe que también en el ánimo de los doctos suelen imperar la pasión y la soberbia, turbando y extraviando la recta aplicación de las potencias intelectuales á la investigación de la verdad. El conoce, al igual de los más profundos moralistas, las razones extrañas á la ciencia que determinan muchas veces la adopción de una teoría científica. Y sabe también que no es ciencia cuanto se decora con este pomposo y sagrado nombre, que debiera reservarse sólo para lo que tiene carácter de irrefragable certidumbre, derivada de la demostración deductiva ó de la generalización inductiva, sino que muchas veces ese pabellón, universalmente respetado, cubre todo género de mercancías, quiero decir, aquellas opiniones inciertas ó falaces, á las cuales los platónicos negaban carta de ciudadanía en la república científica, aquellas síntesis atropelladas, aquéllas observaciones imperfectas y mancas, aquéllas experiencias no conducidas conforme á los cánones de la experimentación, aquéllas antinomias que se dan tan sólo en el entendimiento del investigador científico (sujeto á corrección hoy ó mañana), pero que no se dan de ningún modo en la realidad inmaculada de los seres, que son hoy tan verdaderos y brillan tan hermosos como en el día en que el Señor los crió, para que fueran voces y testimonios de su gloria.

De esta elevación en el pensamiento especulativo nace, por consecuencia forzosa, esa serenidad, á un tiempo clásica y cristiana, que es el mayor encanto y la cualidad más envidiable del estilo del P. Mir, ese inefable reposo y dulzura que se

siente al recorrer sus libros, cuando uno sale del campo fangoso de la polémica contemporánea donde parece que hasta la verdad más acrisolada se contamina y se empaña con el brutal aliento de los que dicen defenderla, y que en cierto modo no puede negarse que la defienden, dando con sus obras testimonio de la excelencia de una causa que puede resistir á semejantes defensores. No: la fortaleza se manifiesta por la templanza: en la boca del león está el panal de inexplicable dulzura: el que está firme en su creencia no necesita afectarla con contorsiones de histrión ó de energúmeno. La verdad, científicamente profesada, la intimidad solitaria con las ideas, tiene la escondida virtud de componer, de ordenar, de medir, de una manera grave y, por decirlo así, *rítmica,* las acciones, las palabras y hasta el gesto y el ademán de quien la profesa. El escribir bien, en su sentido más profundo, esto es, el escribir conforme á la realidad, conforme á lo que las cosas son y conforme se reflejan en el espíritu libre y purificado de las nieblas de la pasión, no es solamente acto y deber literario sino acto y obligación moral, porque al fin y al cabo el arte que hace respirar al mármol ó extiende sobre la tela los colores, dándoles la animación de la vida, ó infunde eternidad á las palabras voladoras, no es más que una forma y manifestación del arte principal y soberano en que todos debemos ser artistas: del *arte de la vida,* la cual cada día y cada hora debemos purificar y embellecer más, para hacerla digno templo de las obras del espíritu.

Así vivieron y así escribieron, poniendo en consonancia el arte de la palabra y el de la vida, esos grandes varones del siglo XVI, en cuyas obras se ha amamantado el P. Mir, y cuyas grandezas nos ha explicado en un estilo digno de ellos. En el alma de esos hombres todo era llama pura y tranquila, quietud fecunda, noble confianza en sí mismos, porque habían acertado ¡dichosos ellos! á vivir en paz con las grandes realidades del mundo trascendental y con las grandes realidades históricas del alma de su pueblo, y ni la duda los turbaba, ni los exasperaba la contradicción, ni fluctuaban en el bárbaro tumulto de opiniones contrapuestas, ni el odio manchaba sus

corazones, ni la blasfemia sus labios, ni el espíritu de caridad los abandonaba nunca. Por eso su estilo es *santo*, según aquella noble expresión de nuestro Quintiliano, que tan oportunamente ha recordado el P. Mir. Y es *santo* porque es sincero, porque entre el corazón y la boca del escritor no se ha interpuesto sombra alguna. Y por eso no hay en el mundo literatura más *honrada* que la vieja literatura castellana, que ennobleció hasta el lenguaje de los pícaros, y convirtió los harapos de Guzmán de Alfarache en púrpura imperial. ¡Y hasta dónde no llegó esta lengua, cuando á la grandeza del estilo y á la sinceridad de la observación respondía la alteza de la materia!

¿Mas para qué hablar de la grandeza y hermosura de la lengua castellana después de oir el brillante discurso del nuevo Académico? Es esta una de aquellas oraciones que no reciben ó toleran enmiendas, aditamentos ni retoques. Obra artística tanto como científica, debe ser contemplada en su integridad y tiene en sí propia cuanto necesita para su perfecta comprensión, semejante en esto á un purísimo templo antiguo donde penetra la luz por todos los intercolumnios. Querer explicarla ó completarla sería pedantesco é impropio de quien sólo á un caprichoso favor de la suerte debe la honra singularísima de llevar en este día la voz de la Academia Española, para dar la bienvenida al insigne filósofo y teólogo y hablista, por quien hoy reverdecen los lauros de Ribadeneira y Martín de Roa, de Mariana y Luis de la Palma; y de quien pudiéramos decir, parodiando una expresión de Lope de Vega, que «vino de Mallorca á reformar en nuestros prosistas la lengua castellana, que padece por novedad frases horribles con que más se confunde que se ilustra.»

— Resumen de tareas y actos de la Acad. esp. por M. Tamayo, en 1871-75.

— id. id. id. id. — — 1875-76

— id. — id. — id. id. — — 1881

— Discurso en memoria de A. Bello, por M. Cañete

— id. en la recepción de D. J. Tejado en 19 Junio 1881. (Ideas sobre teoría del arte)

— id. id. de D. V. Balaguer el 25 feb. 1883. (Literaturas regionales)

— id. id. — de D. A. Vidal en 29 abril 1883 (Elocuencia de la filosofía)

— id. id. del Duque de Villahermosa en 10 feb. 1884 (Los Argensolas)

— id. id. del P. Miguel Mir en 9 mayo 1886 (Perfección de la lengua española)



University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

241023
LaS.Gr
M6715d
Mir, Miguel
Discursos de la lengua castellana y